

ALTARES DEL NUEVO PACTO

A man with short dark hair and a beard is kneeling on a rocky surface, looking down with his hands clasped in prayer. His chest is the focal point, with a glowing, fiery heart visible through his dark t-shirt. The heart is surrounded by bright orange and yellow flames and sparks. The background is a dramatic sky filled with dark, swirling clouds, with bright blue light rays shining down from the top center, creating a halo effect around the title.

OSVALDO REBOLLEDA

ALTARES DEL NUEVO PACTO



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **CAP - Centro de Adoración Patagónica**

Revisión literaria: **Edith del Carmen Saldivia**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
Portales del cielo.....	11
Capítulo dos:	
Portales de las tinieblas.....	29
Capítulo tres:	
Derribando y edificando altares.....	46
Capítulo cuatro:	
Altars de oración.....	64
Capítulo cinco:	
Altars de adoración.....	78
Capítulo seis:	
Altars de fuego.....	91

Capítulo siete:

El altar Supremo.....107

Reconocimientos.....122

Sobre el autor.....124

INTRODUCCIÓN

*“A ti, Dios de mis padres,
Te alabo y te doy gracias.
Me has dado sabiduría y poder,
me has dado a conocer lo que te pedimos,
¡me has dado a conocer el sueño del rey!”*

Daniel 2:23

La adecuada comunión entre el ser humano y Dios es la adoración. No puede existir una adoración verdadera, si no hay una oración correcta, y no puede haber oración efectiva, sin una adoración sincera. Amarlo es procurar una comunión profunda y sin barreras. De eso se trata este libro.

Sabremos si hemos dado un paso significativo en nuestra vida de fe, cuando nos encontremos con el hecho de que hemos aprendido a ser altares abiertos para Dios. Pero esa efectividad, solo se produce en aquellos que han cultivado el reconocimiento de que Dios aborrece la hipocresía y la religiosidad.

El Señor no busca canciones, busca adoradores que lo adoren en espíritu y en verdad. Él no busca simple palabrería, ni vanas repeticiones. Tampoco busca emociones del alma, ni protocolos vacíos y faltos de pasión. Él busca corazones sinceros y dispuestos a una verdadera comunión espiritual.

Es verdad que basta, una actitud dispuesta y un buen deseo para acercarse a Dios, cuando somos personas apenas renacidas. En un principio, carecemos en absoluto de todo conocimiento bíblico o litúrgico. Cuando recibimos la gracia del Señor, simplemente actuamos como niños amados y mimados, pero incapaces de comprender principios y fundamentos de una fe efectiva.

Aun así, todo eso funciona igual. Somos como los niños naturales, que al nacer, sin poder emitir palabras ni saber ningún idioma, se comunican perfectamente con sus madres, dando a entender cuál es su necesidad. Los bebés simplemente lloran, o gritan y sin embargo, reciben su deseo.

Eso es lógico y está bien. No hay ninguna demanda sobre un bebé. Por el contrario, las demandas son sobre sus padres, y sobre todo su entorno. De hecho, todos están prestos para atenderlo. Pero eso, no dura toda la vida. Cuando el niño comienza a crecer, llega el momento en el cual, le será impuesta responsabilidad. Será enseñado, educado y guiado, al grado de tener que dar, y no solo recibir caprichosamente sus demandas.

En la vida espiritual, pasa exactamente lo mismo. La madurez, implica instrucción y responsabilidad. Dios no tiene problemas que al recibir nueva vida espiritual, pidamos mal, hablemos mal, o pensemos mal. Eso es normal, de hecho, es responsabilidad de nuestros líderes que, como hermanos mayores, nos deben guiar pacientemente.

Pablo dijo: ***“Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; más cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño”*** (1 Corintios 13:11). Esta es una gran lección para nosotros. No puede haber cristianos de varios años, que se comporten como niños caprichosos. Hermanos que solo demandan y critican, pero no se consumen en devoción por el Señor.

No debería haber entre nosotros, cristianos que después de varios años, no sepan orar correctamente. Pidiendo mal, para lograr metas o deseos personales, que nada tienen que ver con la voluntad de Dios. Dirigiéndose en oración al Padre, luego al Hijo, por momentos al Espíritu Santo y en medio de todo eso, reprenden a Satanás.

No debería haber entre nosotros, hermanos que debiendo ser maduros, en sus oraciones, mezclen emociones del alma, como tratando de manipular a Dios. No debería haber gente que no conozca su posicionamiento, conforme al Nuevo Pacto, pretendiendo orar como David, o ayunar como Daniel, sin conocer las diferencias.

No es aceptable que después de varios años en la Iglesia, alguien no conozca que nada tiene que ver la oración personal, con la intercesión profética, con la guerra espiritual, o con las causas presentadas ante las cortes celestiales. Es de suma urgencia y necesidad que busquemos sabiduría espiritual para gestionar correctamente nuestra fe.

Y la culpa no es de los hermanos que no han sido instruidos, sino de una mentalidad muy mediocre que hemos conservado durante muchas décadas. Si miramos el desarrollo normal de cualquier nación de la tierra, veremos claramente que el avance en todas las áreas, se produce a través de la educación. La gran riqueza de las naciones, es un pueblo educado. Toda nación que ha invertido en educación, ha llegado con el tiempo, a ser una potencia a nivel mundial.

Sin embargo, lamentablemente también vemos que, toda nación, que no ha invertido en educación, ha sufrido graves consecuencias. Con esto, no estoy sugiriendo que nos dediquemos a estudiar teología. Lo que digo es, que debemos buscar verdadera sabiduría espiritual, porque eso, nos permitirá potenciar al máximo, las grandes virtudes que Dios nos ha entregado.

Somos hijos de la Luz, somos reyes, sacerdotes, embajadores de Dios, ciudadanos del Reino, somos el cuerpo de Cristo, somos la Iglesia gloriosa, somos las puertas eternas, por medio de las cuales, debe fluir la gracia del cielo sobre la tierra. Esa es la gran función de un altar, y si no aprendemos a utilizar el potencial que tenemos en este glorioso Pacto, estaremos desperdiciando nuestra oportunidad para servir efectivamente a Dios y a esta difícil generación presente.

Este libro, no contiene todo lo que necesitamos. Ningún pueblo se educa con un libro, ni con un método, pero la suma de toda enseñanza, puede formar a un analfabeto, en

un científico nuclear. De la misma forma, podemos ser pastores como David, pescadores como Pedro, o carpinteros como Jesús, sin embargo, la instrucción revelada del cielo, nos pueden habilitar sobradamente, para que seamos parte del propósito eterno del Señor.

Este libro, sí contiene algunas enseñanzas claves, que pueden iluminar en gran manera, los siguientes pasos que demos en nuestro caminar cristiano. Sobre todo, porque enseñaré en cada capítulo respecto de los protocolos y la legalidad de la oración, la adoración verdadera, la intimidad profunda, y sobre el posicionamiento y los derechos del Nuevo Pacto.

No tengo dudas, que este libro, será una herramienta muy valiosa, para quienes han cuestionado secretamente, que en el evangelio, debe haber algo más de lo que están viviendo. Y para aquellos que se han frustrado, al no comprender por qué motivo, muchas de sus oraciones no han sido contestadas.

De manera personal, consideré como una gran inversión, destinar mi tiempo en escribir este libro. Espero que ustedes también, puedan considerar como una buena inversión, leer atentamente cada página, cotejar las enseñanzas con la Biblia y dedicar el tiempo necesario hasta llegar al último concepto.

Mis libros son obsequios para todos ustedes, porque he comprendido que es mejor dar que recibir, y que además,

todo lo que por gracia hemos recibido, por gracia debemos entregarlo. Cada libro, cada página, cada palabra, pretende ser una manifestación de amor a Dios y a todos ustedes. Ojalá que puedan valorarlo de esa manera.

Si cada hermano que habita este mundo, se activa y se enciende como un altar del Nuevo Pacto, seremos testigos de un avivamiento como nunca jamás hemos visto. Es verdad, que estamos entrando en tiempos muy difíciles, pero si vivimos bajo esta revelación, las tinieblas no podrán avanzar al ritmo que lo están haciendo, y se verán obligadas a retroceder, hasta el tiempo en que Dios lo determine.

***“Porque tú formaste mis entrañas;
Tú me hiciste en el vientre de mi madre.
Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus
obras; estoy maravillado,
Y mi alma lo sabe muy bien.”***
Salmo 139:13 y 14

Capítulo uno

PORTALES DEL CIELO

“Y apareció Jehová a Abram, y le dijo: A tu descendencia daré esta tierra. Y edificó allí un altar a Jehová, quien le había aparecido.”

Génesis 12:7

Yo crecí en una familia de clase media, que se decía católica, pero que nada teníamos que ver con las prácticas del catolicismo. De hecho, si bien había sido bautizado por tradición, nunca había tomado la comunión, ni participado de la eucaristía. Tampoco conocíamos los dogmas como para ponerlos en práctica. En realidad, éramos como la mayoría de los argentinos que se dicen católicos, pero que no practican la fe, más que para persignarse frente a la catedral, o participar de alguna ceremonia familiar.

Cuando recibí la gracia del Señor y comencé a congregarme en la iglesia evangélica, no tenía la mínima idea de lo que cómo era su liturgia. Jamás había estado en una reunión, por lo que todo me parecía extraño. Por supuesto, no entendía nada de la Biblia y casi nada de lo que se decía desde

el púlpito, pero recuerdo disfrutar enormemente de la presencia de Dios que sentía en el lugar.

Al finalizar la predicación, el pastor siempre hacía un llamado, para que todos los que deseáramos, pudiéramos pasar al altar. Eso implicaba acercarnos a la plataforma para que oraran por nosotros. Yo nunca pregunté nada, pero asumí que el altar, era el lugar elevado donde se sentaban los ministros. Creo que inconscientemente lo asocié con el altar de la iglesia católica, lugar que sabía, era reservado solamente para el sacerdote y nadie más debía acceder a ese lugar. De hecho, cualquier persona que pasaba frente al altar, debía hacer una reverencia y la señal de la cruz.

Me sentía tan lleno de amor y de felicidad en esos tiempos, que al finalizar cada reunión, pretendía saludar y agradecer a cada hermano. Fundamentalmente a los pastores y a los músicos que ministraban, pero uno de los primeros días al acercarme, ellos me dijeron que no podía subir al altar. Por supuesto que no cuestioné eso, porque nada entendía y seguramente había una explicación para tal asunto, pero me resultó claro que a ese lugar, no podía acceder cualquiera.

Con el tiempo, me permitieron subir a testificar, lo cual era considerado como todo un privilegio. Subir al altar, era cosa seria y me enteré que para hacerlo en cada reunión, los ministros debían estar bien consagrados al Señor, y no podían subir, sin haber llegado con el tiempo suficiente para orar. Incluso escuché que no se debía contaminar el altar, porque era un lugar santo, santo, santo.

Como mencioné anteriormente, al finalizar las reuniones, todos los hermanos tenían prohibido subir el altar y había una dura exhortación respecto de que los niños, no se sentaran en las escalinatas, ni jugaran cerca del lugar llamado “santo”. Yo nunca cuestioné nada de eso, ni analicé esa situación, porque ya estaba definido así, antes de que yo llegara. Supuse que habría lógicas explicaciones para todo.

Con el tiempo fui consagrado como evangelista y comencé a predicar en diferentes congregaciones. Siempre asumiendo una gran reverencia ante el altar, incluso enseñando a los músicos, para que también se consagren antes de tan solo intentar, tocar un instrumento en el altar.

Luego comencé a tomar consciencia, que entre las diferentes congregaciones, había muchas divergencias doctrinales. No necesariamente de las doctrinas fundamentales, porque de ser así, estaríamos hablando de algunas sectas. Me refiero a diferencias respecto de las doctrinas periféricas.

Mi conclusión fue, que no debía considerarme integrante de una denominación sin errores doctrinales. Sobre todo, porque seguramente los demás también considerarían lo mismo de sus instituciones y al final, nadie asumiría la necesidad de corregir cualquier cosa que estuviera mal. Realmente es muy común que alguien defienda sin cuestionar, aquello que aprendió desde un principio y de forma natural.

Cuando alguien recibe la impronta de una enseñanza, de parte de aquellos que supuestamente representan a Dios, las asume como indiscutibles. Y por un lado, parece algo muy bueno, para que nadie nos mueva fácilmente de una manera de pensar, pero por otro lado, es muy peligroso, porque se adoptan pensamientos que pueden estar infectados de errores.

Lamentablemente, la Iglesia está cargada de diferencias doctrinales, y en general, los líderes defienden celosamente la postura de las instituciones a las cuales pertenecen. Ojalá tuviéramos en claro que la humildad, no es sinónimo de debilidad, y pudiéramos debatir algunos temas, intercambiando opiniones y analizando todo a la luz de las Escrituras. Y eso, sin descalificar de manera directa, todo lo que suena diferente.

Recuerdo que en mis primeros años de evangelista, con muchos deseos de aprender, le planteaba posturas diferentes, a un pastor amigo y siempre me contestaba rápidamente: “si es como vos decís rompemos la Biblia...” Recuerdo que eso me hacía enojar un poco, porque nunca me permitía siquiera argumentar mi pensamiento. Solo descalificaba automáticamente, todo lo que sonaba distinto a lo que él creía.

Esto se produce continuamente dentro del liderazgo de la Iglesia. Hace un tiempo atrás, mi esposa le planteó a un pastor sobre un tema, que siempre enseñaba a su gente. Y era evidente que estaba expresando un enfoque legalista y descalificador sobre el asunto. Este pastor, sin preguntar

siquiera los motivos, le dijo: “No sé usted, pero yo predico la Biblia...” Es lamentable esa soberbia, porque todos consideramos predicar utilizando bien la Biblia. Sin embargo, debemos estar abiertos a considerar, escudriñar y aprender. Y si es necesario, modificar nuestro punto de vista.

En la época de Jesús, los fariseos, los maestros y los intérpretes de la Ley, eran hombres muy estudiosos de las Escrituras. De hecho, guardaban los mandamientos dados por el Señor y buscaban hacer Su voluntad en todo. Pero el día que llegó Juan el Bautista, pregonando sobre un cambio de pensamientos para recibir el Reino y la gracia del Cordero. Se negaron rotundamente.

Cuando Jesús hizo su aparición pública, con señales y prodigios, tampoco lo aceptaron. Él les dijo quién era y sin embargo trataron de matarlo, Él demostró su autoridad al hablar y lo descalificaron, Él manifestó muchos milagros y se los atribuyeron a Satanás. En otras palabras, hay que tener mucho cuidado, porque ser celoso de las doctrinas y las tradiciones institucionales, puede impedirnos recibir, lo que Dios puede estar diciéndonos.

Aclaro esto, porque el único Santo, Santo, Santo es el Señor y no un lugar físico. Lo aclaro porque en el Nuevo Pacto, el templo somos nosotros, no el edificio que nos alberga para hacer una reunión. Lo aclaro, porque en este Pacto, el altar está en nuestros corazones y no en la plataforma delantera del salón de reunión.

Con esto, no estoy tratando de descalificar el concepto de que servir a Dios sobre la plataforma deba hacerse descuidadamente. Tampoco estoy considerando que es un problema nombrar ese lugar como altar, porque lo importante en este caso, es forjar una consciencia correcta, y nada más. No estoy pretendiendo corregir el lenguaje, sino una manera de asumir la verdad.

Cuando un predicador dice: “Pasen al altar...” no es un problema, todos entienden eso. El problema es creer que el altar es un lugar físico en determinado sector del salón y luego, los hermanos se marchan a sus hogares, sin poder acceder a ese altar, hasta el domingo siguiente. Eso es un error grave, que me gustaría tratar en las páginas de este libro.

Según la Biblia, un altar, es una estructura utilizada durante la adoración como lugar para presentar sacrificios a Dios. Incluso a los supuestos dioses paganos, ya que también a estos, se les ofrecía sacrificios sobre ciertos altares.

La palabra hebrea para altar que se utiliza en el Antiguo Testamento, es la palabra “*Misbéakj*” y está formada a partir del verbo “*Zabákj*”, correspondiente a “sacrificio”, por lo que significa literalmente “lugar de sacrificio”.

En el griego, es la palabra “*Dsusiastérion*”, y no dice específicamente a través de un versículo, que el altar es ahora nuestros corazones. Sino que deja en claro, que ya no hay altares de piedra, ni de bronce en los templos judíos, ya que

fueron destruidos y ellos esperan la reedificación. Pero como demostraré más adelante, no erraremos al interpretar esto, si analizamos todo, dentro del Pacto en el cual vivimos hoy.

Los altares, desde el tiempo de los patriarcas, se utilizaban principalmente como lugares de sacrificio, en especial, sacrificio de animales, aunque sabemos históricamente, que algunas civilizaciones, creían que sus dioses, les pedían sacrificios humanos para bendecirlos.

Mientras que los animales eran un sacrificio común, y aceptado por Dios, los altares también se utilizaban para ofrendar granos, frutas, e incienso, que se quemaba para purificación después de las matanzas. Procuraban con el incienso agrandar a Dios con un olor fragante. También se utilizaba el vino y el pan en los altares.

La vida de los patriarcas se caracterizó entre otras cosas por la continua edificación de altares al Señor. Abraham, por ejemplo, edificó altares a Dios en Siquem, entre Betel y Hai, en Hebrón, y en Moriah (**Génesis 12:6 al 8; 13:18 y 22:9**); Isaac, por su parte, edificó un altar al Señor en Beerseba (**Génesis 26:25**); Jacob, edificó altares en Siquem y Bethel (**Génesis 33:20; 35:1 al 7**).

La referencia al sacrificio que Abraham debía presentar de su hijo Isaac (**Génesis 22**), probablemente indique que el animal que se iba a sacrificar se colocaba vivo en el altar y luego se lo ataba y mataba allí mismo. Es posible que la práctica antigua haya sido esa. Para la época de las

leyes levíticas, el animal se mataba frente al altar, se dividía en partes y solo se colocaban sobre el altar las porciones con grasa (**Levítico 1:2 al 9**).

Los altares, también se distinguían por el material que se utilizaba en su construcción. Los altares más simples, y quizás los más antiguos, eran de tierra (**Éxodo 20:24**). Este tipo de altar estaba hecho ya sea de barro o de montículos de tierra mezclada con piedras, que se levantaban dándole una forma aproximada. También utilizaban ladrillos de barro, que era un elemento de construcción muy común en la Mesopotamia, y es probable que allí hayan aparecido los altares de este material.

Generalmente los altares de tierra, no eran muy prácticos para los pueblos establecidos en forma permanente ya que la estación lluviosa de cada año podía dañarlo o destruirlo. Este tipo de altares generalmente era edificado por pueblos nómades que se trasladaban regularmente y se preocupaban menos de la necesidad de tener un altar permanente.

El altar de piedra es el que se menciona más comúnmente en los registros bíblicos y el que se halla con más frecuencia en las excavaciones en Palestina. Una sola piedra grande podía servir de altar (**Jueces 6:19 al 23; 13:19 y 20; 1 Samuel 14:31 al 35**). De manera similar se podían apilar cuidadosamente piedras sin tallar para formar un altar (**Éxodo 20:25; 1 Reyes 18:30 al 35**). Es probable que estos altares de piedra hayan sido la forma más común antes del

tabernáculo de Moisés y la edificación del templo de Salomón.

Los altares de piedra hebreos no debían tener escalones (**Éxodo 20:25 y 26**), probablemente en cierta medida para diferenciarlos de los altares cananeos que sí los tenían. Aparentemente, en años posteriores no fue obligatorio que los altares hebreos carecieran de escalones porque en la visión de Ezequiel del templo restaurado el altar tenía tres niveles y varios escalones. Aparentemente, las restricciones que aparecen en éxodo sobre las piedras sin tallar, como así también las de los escalones, no se cumplieron de manera constante en diferentes períodos de la historia de Israel.

El tabernáculo de Moisés tenía un altar hecho de madera de acacia recubierto de bronce (**Éxodo 27:1 y 2**). Dicho altar era solamente de cinco codos de lado y tres codos de alto y estaba ubicado delante de la puerta del tabernáculo de reunión, que también era el lugar donde se mataban los animales para el sacrificio.

Luego de construido el tabernáculo, como lugar oficial de adoración, podríamos pensar que ya nadie más edificaría otro tipo de altares al Señor, puesto que el tabernáculo tenía un altar en permanente uso, pero no fue así. Josué edificó un altar en el monte Ebal (**Josué 8:30 y 31**); Gedeón edificó un altar al Señor en Ofra (**Jueces 6:24 al 26**); el rey David edificó un altar en la era de Arauna (**2 Samuel 24:18 al 25**); el profeta Elías edificó un altar al Señor en el monte Carmelo (**1 Reyes 18**). Esto se repitió en ocasiones especiales y en

diferentes lugares, hasta que el Señor, dio instrucciones a Salomón, para edificar por primera vez, un templo de piedra que por cierto fue extraordinario.

El altar central del atrio del fabuloso templo construido por Salomón era de bronce. No obstante, no resulta claro si todo el altar estaba hecho de bronce o si tenía solo una parte cubriendo las piedras que lo formaban. A este altar se lo conocía comúnmente como el altar del holocausto, porque fue sobre ese altar, que se ofrecieron miles y miles de sacrificios para Dios.

Generalmente los altares incluían cuernos en sus extremos y aparentemente, aferrarse a esos cuernos del altar era una manera de buscar la protección del santuario cuando alguien era acusado de una ofensa grave (**1 Reyes 1:50 y 51; 2:28 al 34; Éxodo 21:12 al 14**). Más importante aún era que los cuernos del altar constituían el lugar donde se aplicaba la sangre de un animal sacrificado para la expiación del pecado (**Éxodo 29:12; Levítico 4:7**).

Jeremías describió gráficamente el pecado del pueblo diciendo que era tan grave que se había esculpido sobre los cuernos del altar (**Jeremías 17:1**). Durante ciertas festividades se realizaba una procesión sagrada que entraba al templo y subía hacia los cuernos del altar (**Salmo 118:27**). Es probable que esta procesión acarreará el animal del holocausto para hacer expiación por los pecados del pueblo y finalizara en el lugar del sacrificio.

Durante el reinado de Acaz, el altar de bronce o altar del holocausto del templo de Salomón se reemplazó con un altar que el rey había construido en base a un modelo sirio (**2 Reyes 16:10 al 16**). Este altar aparentemente era más grande que el altar de bronce de Salomón y fue colocado en un lugar central en el atrio para que fuera el más importante del sacrificio.

No existe ninguna descripción bíblica del altar del holocausto del segundo templo. No obstante, dicho altar se construyó aun antes de que se reedificara el templo (**Esdras 3:2**). El historiador Josefo describió el altar del templo reedificado por Herodes, mencionando que el altar tenía 50 codos cuadrados y 15 codos de alto, con una rampa que conducía a la parte superior. Si el historiador estaba en lo correcto, es probable que este altar haya sido mucho más grande que los anteriores.

Un cuarto tipo de altar es el altar de oro o altar de incienso. Este, estaba ubicado en la habitación interior del santuario, exactamente afuera del lugar santísimo (**1 Reyes 7:48 al 50**). En Éxodo se describe el altar del incienso que pertenecía al tabernáculo de Moisés, como hecho de madera de acacia, recubierto de oro y sus dimensiones eran de un codo al cuadrado y dos codos de altura (**Éxodo 30:1 al 6**).

Al igual que el altar del holocausto, el altar del incienso tenía cuernos en las cuatro esquinas. Tal como lo indica su nombre, en este altar se quemaba incienso, un medio de purificación después de la matanza de los animales, un

sacrificio costoso y también una ofrenda de olor grato que era agradable a Dios.

Podemos notar que los altares, siempre fueron lugares específicos en busca de un acercamiento a Dios. No había en nadie, la posibilidad de un acercamiento irreverente. Todos comprendían quién era Dios y las limitaciones humanas como para pretender un acceso a Su presencia, sin un altar que pudiera conectarlos.

A través de esos altares, pudieron adorar a Dios, como en el caso de Noé luego del diluvio (**Génesis 8:20 y 21**). Es muy significativo, que esa oportunidad, fue la primera vez en la Biblia en que se hace mención de la edificación de un altar. Y el motivo principal del mismo sea, la gratitud y la adoración.

También tenemos los famosos altares de Abraham. El primer altar, está narrado en **Génesis 12:7 y 8**, y es considerado el altar de la gracia, el altar de la fe sencilla, de la confianza absoluta en lo que Dios le estaba diciendo, que dejara esa tierra, en busca de una tierra prometida, para ser el cimiento de una gran nación.

El segundo altar, fue entre Betel y Hai, y allí edificó el segundo altar. Betel significa Casa de Dios y Hai significa Ruina, Escombros, Montón, con el sentido de estar revueltos, volteados. Este segundo altar es edificado en medio de lo incierto, en medio de la incertidumbre, del cómo y del cuándo. Por eso es considerado el altar de la confianza.

En **Génesis 13:1 al 4** Abraham vuelve a ese segundo altar después del incidente en Egipto con Faraón en el que miente acerca de Sara. Hace un recorrido de vuelta y llega al altar entre Betel y Hai, retorna al lugar de la incertidumbre y vuelve a invocar el nombre de Jehová. Esta vez no edifica un altar, ya había uno, va allí a recordar, dar gracias y adorar. En medio del recorrido ha sido bendecido y prosperado a pesar de sus errores y faltas.

Su tercer altar, fue en **Génesis 13:14 al 18**. En medio de la bendición y la prosperidad que disfrutaba, surgió una contienda entre los pastores de Lot y los de él. Sabiamente y con corazón desprendido permite que Lot escoja dónde dirigirse después de separarse. Lot escogió lo que lucía a primera vista como la mejor parte, la llanura del Jordán, tierra de riego, y abundante pasto. Abraham por su parte escoge el área montañosa. Dios se le aparece en medio de su tristeza por la separación, afirmándole una vez más la promesa que le había hecho y la necesidad de cortar todo lazo con su parentela.

Abraham esperó más de veinte años para ver la promesa del hijo cumplida. Había sido obediente en medio de sus debilidades y logró tener ese valioso hijo. Pero llegado el momento, el Señor se lo pidió. Ahí tenemos su cuarto altar (**Génesis 22**). Este fue el altar de la renuncia, de la entrega total. Fue el altar donde Abraham, murió a todo y donde la gracia y la provisión de Dios se manifestaron.

Como vemos, los altares eran edificados en cada sitio donde tuvo lugar un encuentro especial con Dios (**Génesis 28:18; 35:1, 6 y 7, 9 al 15**). Para testificar de la victoria concedida por Dios ante los enemigos (**Éxodo 17:15 y 16**). Como instrumento de clamor a Dios en medio de una emergencia (**2 Samuel 24:18 al 25**). O simplemente para levantar una señal visible que recordase una obra de Dios, perpetuando una concesión divina (**Josué 4:1 al 3, 5 al 7; 22:10 y 11,26 y 27**).

En definitiva, jamás hombre alguno ha podido acercarse a Dios basado y amparado en su propia virtud, sino que, claramente vemos, desde los inicios mismos de la historia humana, que en verdad, quién se ha acercado a Él, lo ha hecho apoyándose en una ofrenda por sus pecados, o un sacrificio sustitutivo a su favor, o en una promesa de perdón recibida de parte de Dios mismo. Esto fue una constante hasta que Jesucristo mismo, se presentó una vez y para siempre en el altar celestial, como sumo sacerdote y con Su propia sangre.

Las referencias a los altares en el Nuevo Testamento, se relacionan con la adoración adecuada (**Mateo 5:23 y 24**) y la hipocresía en la adoración (**Mateo 23:18 al 20**). Pero consideremos que si bien, estas recomendaciones de Jesús, están narradas en el Nuevo Testamento, no formaban parte del Nuevo Pacto, que recién comenzó después de la resurrección del Señor.

La mayoría de las referencias a los altares en el Nuevo Testamento, se remontan a los acontecimientos producidos en altares del Antiguo Testamento, como por ejemplo en **Romanos 11:3**, o **Santiago 2:21**. Aunque son pocas las referencias directas en el Nuevo Testamento concernientes a los altares y los sacrificios, el libro de Hebreos, es un claro testimonio de que todos los altares, se resumen en el único sacrificio final y perfecto, que hace posible la reconciliación y el acceso a Dios con verdadera libertad.

Él mismo estableció en su momento, las ordenanzas con relación a los altares y sacrificios, los cuales actuaban como un paliativo temporal mientras llegaba la solución definitiva para el pecado del hombre.

Todos los sacrificios que se presentaban sobre el altar, ese continuo derramar de la sangre de las víctimas, ese continuo holocausto que Dios había ordenado que se llevara a cabo al comenzar el día y al atardecer del mismo, todo ello presagiaba y señalaba hacia un altar mayor, y hacia una víctima más excelente.

Muchos altares fueron levantados por los hombres pero el mejor de todos los altares, el más elevado, el que habría de dejar a todos los demás en el olvido y hacer que caducaran por siempre, fue levantado y edificado por Dios mismo; fue edificado en las afueras de Jerusalén, establecido sobre una colina llamada “Monte Calvario”, y coronado con una cruz de madera, donde el Cordero de Dios, cual perfecta víctima, y como ofrenda definitiva y eterna por el pecado de

la humanidad fue inmolado. El autor de la carta a los Hebreos lo expresa con las siguientes palabras:

“Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se acercan...Pero en estos sacrificios cada año se hace memoria de los pecados; porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados...Y ciertamente todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismo sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados; pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios...porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados”

Hebreos 10:1 al 14 (resumido)

Creo que el Nuevo Pacto, está sellado en el altar celestial, ante el Trono de Gloria. Y creo que el velo espiritual se rompió, una vez y para siempre, dejando un camino nuevo y vivo a la presencia del Padre. La resurrección y la ascensión, nos garantizan la eternidad. Hoy no hay un altar físico que pueda reemplazar, ni mejorar el altar sobre el cual, fue entregada la expiación perfecta.

Ya no hay un sacrificio que podamos ofrecer a Dios, porque a partir de Jesucristo, hemos sido reconciliados y en Él, podemos mantener cada día, una plena comunión espiritual. Pero estoy persuadido, que no hay mejor manera

de aprender de todos los altares bíblicos, que contemplando la obra consumada de Cristo. Y no hay mejor manera de honrar esa obra perfecta, que mantener nuestros corazones encendidos en adoración verdadera.

Y no me estoy refiriendo a la canción, aunque pueda incluirla. Me estoy refiriendo a la pasión, con la cual inhalamos y exhalamos Su vida. Los altares fueron como puertas de conexión de los hombres con Dios. Hoy la puerta permanece abierta y nosotros conectados en todo tiempo. Por eso creo y enseño, que en este Nuevo Pacto, somos altares para Dios, portales de acceso de la tierra al cielo y del cielo a la tierra.

Jesucristo lo hizo posible y nosotros en Él vivimos, nos movemos y somos (**Hechos 17:28**). Los hijos de Dios, debemos sostener encendida nuestra fe, nuestra consagración a Él. Debemos reconocer Su santidad y la necesidad de derramarnos cada día en Su presencia, para ser consumidos en el fuego de esa santidad.

Debemos ser, un llamado a la esperanza de la gente. En todo lugar que estemos viviendo, estudiando o trabajando, debemos ser portales de acceso a que las personas, puedan conocer a Dios. Debemos ser un pueblo de cielos abiertos para que en estos tiempos de densa oscuridad, la Luz de Dios, pueda llegar a los perdidos.

***“Alzad, oh puertas, vuestras cabezas,
Y alzaos vosotras, puertas eternas,
Y entrará el Rey de gloria.”***

Salmo 24:9

Capítulo dos

PORTALES DE LAS TINIEBLAS

“Y Joás hizo lo recto ante los ojos de Jehová todo el tiempo que le dirigió el sacerdote Joiada. Con todo eso, los lugares altos no se quitaron, porque el pueblo aún sacrificaba y quemaba incienso en los lugares altos.”

2 Reyes 12:2 y 3

Los altares no solo fueron usados por el pueblo hebreo, sino que también fueron levantados por casi todas las naciones antiguas para la adoración pagana, y no sólo en templos sino también en santuarios al aire libre. Eso tiene bastante lógica, porque todos sabemos que el diablo es un ferviente imitador de Dios. Su gran deseo es ser como Él, y aunque no son muchos sus adoradores conscientes, ha conseguido en la historia, a millones de adoradores engañados, que al levantar altar a falsas deidades, lo han adorado indirectamente a él.

Incluso en la historia bíblica, encontramos que muchos ciudadanos y líderes del pueblo de Israel, además de adorar al único Dios verdadero, también adoraban a falsos dioses.

Esos lugares de adoración pagana, son mencionados en la Biblia, como los lugares altos.

Un lugar alto era un centro de adoración localizado o regional, dedicado a un determinado dios. La adoración en aquellos santuarios locales, a menudo consistía en hacer sacrificios, quemar incienso y otros rituales, como participar de fiestas, procesiones o festivales (**1 Reyes 3:2 y 3; 12:32**).

Algunos de estos lugares altos no solo eran altares al aire libre, sino que también solían levantar santuarios consagrados para la adoración (**1 Reyes 14:23; 2 Reyes 17:29**). Por ejemplo los cananeos, quienes eran enemigos de Israel y que adoraban a Baal como su deidad principal, claramente hacían uso de estas cosas.

Los hebreos, adoraron a Dios durante todo su peregrinar en el desierto, en el tabernáculo de Moisés, pero al poseer parte del territorio prometido, y hasta que Salomón construyó el primer templo, lo adoraban principalmente en los llamados lugares altos, práctica que no estaba condenada, pero que era típica de los pueblos paganos.

El profeta Samuel bendecía los sacrificios que se ofrecían en los lugares altos, y Salomón llegó a ofrecer mil ofrendas quemadas en los altares en Gabaón (**1 Reyes 3:4**). Esos lugares altos estuvieron destinados a suplir las necesidades de culto de Israel durante un tiempo, *“porque ninguna casa había sido construida para el nombre del Señor”* (**1 Reyes 3:2**).

El templo, construido en Jerusalén por Salomón, dio inicio a un Nuevo período de adoración, reuniendo a las doce tribus como pueblo para adorar a Dios en un solo lugar. El Señor aceptó eso, y determinó hacer morada en Su templo, por lo que la necesidad de otros centros de adoración quedó obsoleta (**1 Reyes 9:3**). Pero a pesar de este Nuevo templo, el pueblo de Dios continuó adorando en los lugares altos.

Irónicamente, encontramos una de las primeras referencias de estos lugares en el relato de Salomón, el mismo rey que construyó el templo. Increíblemente, él mismo empañó esta gloriosa época de adoración colectiva, al construir lugares altos para los dioses extraños que adoraban sus esposas.

Porque Salomón siguió a Astoret, diosa de los sidonios, y a Milcom, ídolo abominable de los amonitas. E hizo Salomón lo malo ante los ojos de Jehová, y no siguió cumplidamente a Jehová como David su padre. Entonces edificó Salomón un lugar alto a Quemos, ídolo abominable de Moab, en el monte que está enfrente de Jerusalén, y a Moloc, ídolo abominable de los hijos de Amón. Así hizo para todas sus mujeres extranjeras, las cuales quemaban incienso y ofrecían sacrificios a sus dioses.”

1 Reyes 11:5 al 8

Tal vez, estos versículos no nos impactan tanto, porque no comprendemos verdaderamente lo que significaba que alguien siguiera a esos dioses. No contamos con imágenes en

nuestra mente de esos altares. Por ejemplo Astoret, era la diosa cananita del amor sensual y de la fertilidad. Seguir a esta diosa significaba ir a los lugares altos, a tener relaciones sexuales al aire libre con las prostitutas del templo. La Biblia no dice que Salomón haya realizado dichos actos, pero sería muy extraño que no lo hiciera, porque esa era la manera de adorar a Astoret.

Milcom, el dios de los amonitas, era adorado mediante sacrificios de niños, así que si alguien procuraba adorarlo, debía arrojar a uno de sus hijos al fuego para complacer a este falso dios. Tampoco sabemos si Salomón, desesperado por complacer a una de sus esposas amonitas, haya incurrido en semejante aberración, pero es posible que sí.

Por supuesto que eso, se ve hoy, como algo tremendamente diabólico, y lo es, pero en esa época era algo aceptado por la cultura religiosa de esos pueblos. Incluso era visto como algo de suma honra para quienes podían realizar semejante sacrificio. Ese fue el motivo por el cual, Abraham comprendió lo que Dios le estaba pidiendo y estuvo dispuesto a entregar en sacrificio a su hijo Isaac. En esa época se consideraba como algo lógico que los dioses pidieran hijos, pero por supuesto, el Señor le mostró un camino más excelente a través del sacrificio del carnero.

Y no solo fue Salomón quién cayó en esa falsa idolatría, sino muchos ciudadanos israelitas, que mantuvieron activos esos altares, para maldición de toda la nación. Algunos reyes reconociendo que eso era una

abominación para el Señor, los derribaron violentamente, como lo hizo Ezequías o Josías (**2 Reyes 23:8 y 9**).

Otros reyes, aunque fueron considerados justos, nunca derribaron definitivamente esos altares. Reyes como Josafat (**1 Reyes 22:43**), Joaz (**2 Reyes 12:3**), Azarías (**1 Reyes 15:3 y 4**) y Jotán (**2 Reyes 15:34 y 35**). Incluso a veces, esto se debía a la ignorancia, como fue el caso de Josías, pero en la mayoría de los casos se trataba de una desobediencia flagrante, que por cierto, produjo muchas pérdidas y mucho dolor en toda la nación.

Con respecto específicamente a Uzías y su hijo Jotán, podemos decir que al igual que Amasías y Joás quienes le antecedieron, hicieron lo recto ante los ojos del Señor. Sin embargo, no quitaron los lugares altos, de modo que no fueron gobernantes ideales. Las concesiones espirituales de Jotán son similares a las de Uzías, Amasías y Joás. No usaron sus posiciones de autoridad para quitar los lugares altos y cuando un rey, no comprende la naturaleza de la adoración verdadera, nadie puede garantizar al pueblo, un futuro razonablemente seguro y en bendición.

Deuteronomio 12:1 al 7 ordenaba a los reyes y explícitamente al pueblo de Dios, no solo a evitar la idolatría, sino también a demoler, derribar, hacer polvo, quemar, cortar y borrar los altares y los nombres de esos falsos ídolos. Tal vez para nosotros, la palabra “ídolos” en este contexto, evoca pensamientos de pueblos primitivos ofreciendo sacrificios a imágenes rudimentariamente talladas. Pero, un ídolo es algo,

o alguien a quién alabamos, celebramos, y admiramos con devoción aunque digamos que no es nuestro Dios.

Digo esto, porque el relato de los reyes permitiendo lugares altos, pareciera lejano y totalmente desvinculado de nosotros. Sin embargo, hoy se le llama ídolo o dios, a deportistas, cantantes o actores famosos. También se celebra culto desmedido a ciertos bienes materiales o afectos familiares. Eso también es idolatría, y lo menciono para que podamos considerarlo bien.

No sea que, siendo verdaderos cristianos, permitamos que nuestro corazón se contamine adorando a los falsos ídolos. Jesús dijo que no podemos servir a dos señores, a Dios y al dinero (**Mateo 6:24**). Si tengo que ser honesto, diría que hay muchos cristianos que adoran al dinero. Y lo digo con dolor, pero ciertamente hay algunas actitudes claras y evidentes que demuestran eso.

Cuando el apóstol Juan escribió a los seguidores de Cristo casi al final del primer siglo, la mayoría de ellos no tenía nada que ver con los ídolos tallados. Sin embargo, sus últimas palabras para ellos de su primera carta fueron: ***“Hijitos, guardaos de los ídolos”*** (1 Juan 5:21). La Nueva Traducción Viviente capta su significado de esta forma: ***“Aléjense de todo lo que pueda ocupar el lugar de Dios en el corazón”***.

Que Dios nos dé Su gracia para reconocer cualquier ídolo en nuestra vida, y para no permitir en nuestro corazón

esas vanidades, que además dan lugar a perversas operaciones demoníacas.

Ese es el gran problema que deseo señalar respecto de los altares, porque así como los altares consagrados al Señor, funcionan como portales para la manifestación de Su presencia. Los altares de las tinieblas, también funcionan como portales demoníacos.

Hoy en día, si bien hay algunas naciones muy idólatras y que viven bajo el gobierno espiritual de esas potestades, tenemos por todos lados invocaciones paganas que ofician de invitación a la operación de los demonios. Aquí en argentina, tenemos muchos ídolos introducidos en la sociedad, por la misma iglesia católica romana, que rinde culto a cientos de vírgenes y cientos de santos diferentes.

La gente en su ignorancia, levanta altares en las rutas, las entradas de la ciudad, o en sus mismas casas, sin comprender lo diabólica que es la idolatría pagana. En esos altares, los demonios se posicionan tras las imágenes adoradas y se fortalecen en su adoración, así como muchos otros, encuentran acceso a través de esos portales, cuando la gente realiza invocaciones.

Y no solo hay altares establecidos por la iglesia romana, sino que hay muchos otros, que son el resultado de leyendas y tradiciones urbanas, como el gauchito Gil, la difunta Correa, Ceferino Namuncurá, el angelito milagroso, o incluso algunos cantantes que fueron famosos como el

potro Rodrigo o Gilda, quienes fallecieron en accidentes automovilísticos y a partir de sus muertes, comenzaron a ser venerados en altares levantados en los mismos lugares en los que se produjeron esos accidentes.

Hay altares edificados de maneras muy diversas. Algunos son grandes construcciones, con imágenes de mármol o de hierro realizadas por verdaderos escultores, mientras que hay otros, levantados precariamente, con unas chapas, unas maderas, algunas piedras y algunas imágenes que son verdaderamente lamentables. Aun así, la gente enciende sus velas o dejan flores. Incluso llevan ofrendas o placas testimoniales, reconociéndoles a esos ídolos supuestos milagros.

Y es verdad, Satanás es el padre de la mentira (**Juan 8:44**), y es un maestro en el engaño. Él no puede crear nada, pero puede manipular situaciones a través de demonios, de tal manera que puede engañar a muchos. La gente busca alguna solución para sus problemas y si el clamor a una deidad cualquiera le funciona, se hará devoto permanente, considerando que hay poder en dicho deidad.

“No te harás imagen, ni ninguna semejanza de cosa que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra: No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos, sobre los terceros y sobre los cuartos, a los que me aborrecen, Y que

hago misericordia en millares a los que me aman, y guardan mis mandamientos.”

Éxodo 20:4 al 6

Este mandamiento trata con la adoración a través de las imágenes. El texto dice: “No te inclinarás ante ellas, ni las honrarás”. Es importante señalar que este mandamiento no prohíbe el arte, la pintura o la escultura, sino que prohíbe el uso de imágenes religiosas en la adoración.

Algunas personas creen que se prohíbe que hagamos imágenes de cualquier cosa. Si esto fuera así, entonces estaría prohibido sacar fotos, pintar o hacer esculturas. Tal interpretación de este mandamiento es absurda. El mandamiento incluye cualquier semejanza de las cosas en el cielo, en la tierra y en las aguas debajo de la tierra, con el fin de generar falsa adoración.

Entonces, no importa si es un crucifijo, un dibujo, una medalla, un escapulario, un Cristo, una virgen o algún supuesto santo. También cualquier otro objeto que “sirva” para dar protección contra los peligros, accidentes, enfermedades o para hacer huir a los malos espíritus hacer brujerías, o creer en supersticiones tales como los amuletos, los signos del horóscopo, etc. Todas estas cosas son prohibidas por Dios en el segundo mandamiento.

¿Qué dicen aquellos que hacen uso de las imágenes y estatuas en la adoración para defenderse y justificar el uso de tales objetos? ¿Cuál es su propósito? Su respuesta a estas

preguntas siempre es la misma, dicen que las imágenes los ayudan en la adoración de Dios. Los grupos católicos dicen que tales objetos los ayudan a estar conscientes de la presencia de Dios. En otras palabras dicen que los ídolos son una buena manera de dar sustancia y realidad a su fe. Dicen que sin imágenes, sin cuadros y sin estatuas, la adoración resulta más difícil. Consideran que las imágenes son una representación visible de Dios que los ayuda a concentrarse en lo espiritual.

Los católicos dicen que no adoran a la imagen o al ídolo sino al “espíritu” que representa. Esta es la misma respuesta que dan todos los idólatras en todas partes del mundo. Dicen que no tienen la intención de venerar a las imágenes, sino que están adorando a su dios a través o mediante el uso de la imagen. Pero ignoran que eso es, justamente lo que pretende Satanás. Él no desea que adoren a una imagen, sino a él, cosa que logra, aun en aquellos que ignoran estar adorándolo.

Siempre que los hombres han hecho imágenes o ídolos visibles de sus dioses, han llegado a pensar que las imágenes mismas han estado habitadas por dichos dioses. Las imágenes llegan a ser el centro de la adoración en lugar de aquello que supuestamente representan. En vez de ayudar a los adoradores, las imágenes los han llegado a confundir. Todo esto resulta por fin en que los adoradores se postran ante esas imágenes, las tocan, las besan, las pasean y las adoran de manera directa.

Algunas veces se disculpa esta transgresión del segundo mandamiento argumentando que no se está adorando al ídolo, sino sólo venerándolo. Considerando que adorar, es el grado máximo de alabanza, es entregarse completamente y comprometerse a seguir los lineamientos de quien se adora. Pero venerar, es sólo mostrar el máximo respeto posible por alguien, reconociendo sus virtudes y admirando sus capacidades, sin llegar a adorarlo.

Sin embargo, las mismas personas que veneran no pueden explicar en los hechos, cuál es la diferencia entre adorar y venerar. La verdad es que por más que quisieran demostrarlo, en realidad no existe ninguna diferencia entre adorar y venerar, igualmente están haciendo algo que es abominable para Dios.

***“Nuestro Dios está en los cielos;
Todo lo que quiso ha hecho.
Los ídolos de ellos son plata y oro,
Obra de manos de hombres.
Tienen boca, mas no hablan;
Tienen ojos, mas no ven;
Orejas tienen, mas no oyen;
Tienen narices, mas no huelen;
Manos tienen, mas no palpan;
Tienen pies, mas no andan;
No hablan con su garganta.
Semejantes a ellos son los que los hacen,
Y cualquiera que confía en ellos.”***

Salmo 115:3 al 8

En primer lugar, Dios prohíbe cualquier intento de hacer una imagen o una representación visible de Él, porque nada es capaz de representarlo. La naturaleza y el carácter de Dios no pueden ser representados por medio de ninguna imagen. En otras palabras, Dios como Espíritu, no tiene ninguna semejanza a las cosas materiales de este mundo. ***“Dios es espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren” (Juan 4:24).***

Las imágenes mienten en primer lugar, porque limitan a Dios quitándole sus atributos. Limitar a Dios es lo mismo que negarlo. Segundo, mienten porque distorsionan su carácter. Muy lejos de revelar el carácter verdadero de Dios, las imágenes le presentan en una manera equivocada y deforme. Tercero, las imágenes mienten porque oscurecen la verdad acerca de Dios. Es decir, ocultan al Dios verdadero en lugar de revelarlo. Cuarto, las imágenes mienten porque le reducen a un nivel meramente humano; peor aún, “le encierran” en un pedazo de yeso y dan la idea de que puede ser controlado y manejado por los hombres. Quinto, las imágenes mienten acerca de Dios porque niegan Su vida y Su gloria.

Cualquier intento de representar al “Dios infinito” por medio de cosas “finitas” no sólo fracasa sino que es un grave pecado. Ofende fuertemente a Dios pues le ubica al nivel de una criatura y aún más bajo. Las imágenes deshonoran a Dios porque empañan su gloria. ***“Porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni dieron gracias; antes se desvanecieron en sus discursos, y el necio corazón***

de ellos fue entenebrecido. Diciéndose ser sabios, se hicieron fatuos, Y trocaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, y de aves, y de animales de cuatro pies, y de serpientes” (Romanos 1:21 al 23).

Solo aquellos que tienen ideas falsas y conceptos erróneos de Dios pueden honrar las imágenes que supuestamente lo representan. La Palabra nos enseña que Satanás está detrás de cada ídolo que los hombres han hecho. *“¿Qué digo, pues? ¿Que el ídolo es algo, o que sea algo lo que se sacrifica a los ídolos? Antes digo que lo que los gentiles sacrifican, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios; y no quiero que vosotros os hagáis partícipes con los demonios” (1 Corintios 10:19 y 20).* Sea que los hombres se percaten de ello o no, la Biblia dice claramente que toda idolatría es un caldo de cultivo para la operación demoníaca.

Todas las personas que respetan y veneran las imágenes, honran y sirven al diablo y no a Dios. Su “sinceridad” y su ignorancia no les excluye de estar transgrediendo el mandamiento divino.

En cualquier sentido, esos adoradores de la falsedad, son señalados por Dios como los objetos especiales de su ira y su castigo. Dios dice en **Éxodo 5:20** que todos los idólatras le aborrecen y en **Deuteronomio 7:9**, dice que dará el pago en su cara a quienes le aborrecen. Dice que no dilatará el castigo a quien lo odia, sino que en su cara les dará el castigo.

Entonces, la idolatría es un pecado que despierta la ira de Dios en una forma especial.

Comprendamos que todo falso altar, es una abominación para Dios, pero sin dudas, los peores altares son los consagrados directamente al mal, porque esas personas, aunque viven en tinieblas, saben lo que están haciendo y se regocijan en su mal. Hoy es como si la sociedad negara o no creyera que los altares de invocación satánica, son mucho más comunes y habituales de lo que todos piensan.

Cada día, miles y miles de altares en el mundo, son abiertos en adoración he invocación de las tinieblas. En esos altares, ofrecen todo tipo de ofrendas a los demonios, incluso sacrificios de animales y muchos sacrificios humanos. Procuran generar suelta de demonios y el empoderamiento de los que están operativos.

El mundo no está como está, por mera casualidad, sino porque las tinieblas avanzan aceleradamente y uno de los principales motivos, son los altares satánicos, que ofician como puertas del inframundo para que los demonios tengan acceso a la tierra y produzcan sus maldades.

El infierno tiene puertas, Jesús dijo que las puertas del infierno no prevalecerían sobre la Iglesia (**Mateo 16:18**), pero no dijo que esas puertas, no prevalecerían sobre la sociedad. Sin dudas lo están haciendo y el único poder para contrarrestar eso lo tiene la Iglesia.

En algunas versiones bíblicas dice “las puertas del infierno” y en otras dice “las puertas del Hades”, esto significa el poder del Hades. El nombre “Hades” originalmente era el nombre del dios que presidía el reino de los muertos y generalmente se referían a ese lugar como “la casa del Hades”. Así se denominaba al lugar donde todos los que partían de esta vida descendían independientemente de su carácter moral. Recordemos que nadie tuvo acceso al cielo por otro camino que no fuera Jesucristo.

En el nuevo testamento, el Hades es el reino de los muertos, y en este versículo el Hades o el infierno se representa como una ciudad muy fuerte con sus puertas que representan su poder.

Jesús en ese pasaje de Mateo, se estaba refiriendo a su inminente muerte. Aunque Él iba a ser crucificado y sepultado, iba a resucitar de entre los muertos y estaba prometiendo edificar Su Iglesia. Jesús estaba haciendo hincapié en el hecho de que los poderes de la muerte no podrían retenerlo. No sólo la iglesia se podría establecer a pesar de los poderes del Hades o del infierno, sino que la iglesia podría prosperar a pesar de estas potestades.

La iglesia no fracasará, continuará hasta que haya cumplido su misión en la tierra. Sin embargo, veo en estos más de dos mil años de historia, que en muchas generaciones, la Iglesia pareció somnolienta, distraída, fría e inoperante. Como ministro de esta generación, no quisiera que eso nos siga ocurriendo en este tiempo. ¡Debemos despertar!

Hoy tenemos en la sociedad, altares religiosos, altares de idolatría pagana, altares ocultistas, altares satánicos y altares que se abren cada día a través de la cultura y las ideologías cada vez más perversas. La sociedad posmoderna tiene sus altares dispuestos y preparados. Tiene sus oficiantes, su lógica, su ritual y mística que justifican sus sacrificios, ante sus lugares altos, en donde se congregan multitudes.

El incienso de su vacío y embriagador ritual se esparce continuamente en los distintos estratos de nuestra sociedad. Sus celebraciones impactan, entretienen y mantienen alejados del conocimiento de Dios a todos sus espectadores, y sabe qué es triste, que entre ellos hay mucho pueblo de Dios. Pueblo de Dios que acude a sentarse a las mesas de los sacrificios de los altares mundanos, pueblo de Dios que no comprende que su llamado es a participar del santo altar de la consagración al Señor y que hoy, está aceptando muchas cosas que debería rechazar.

Debemos despertar al llamado del Espíritu Santo y ser altares encendidos con el fuego de una verdadera pasión. Debemos ser esas puertas eternas que el Señor necesita para inundarlo todo con Su Luz. Yo no estoy interesado en que nos ocupemos de romper o impedir altares paganos. Estos siempre existirán, lo que sí debemos hacer, es romper los que persistan en el pueblo y multiplicar los altares verdaderos. Debemos más que nunca, ofrecer nuestras mejores oraciones en adoración al Señor.

Determinemos presentarnos ante el Señor, como altares que también sirvan de señal para aquellos que nos ven desde afuera. Altares desde los cuales, se eleve aroma grato al Señor y en los cuales, no haya cabida para los sacrificios impuros, ni dudosas ofrendas. Altares que proclamen la majestad de nuestro Dios, y proclamen con su fuego, la autoridad y poder de aquel que nos amó y se entregó por nosotros.

Levantemos altares que perduren como legados para las generaciones venideras y les transmita el mensaje de gracia de nuestro Dios, a la vez que les deje en claro, Su poder y Su dignidad Real. Que podamos ver bajo Su bendición y aprobación, la plena manifestación de Su Reino en nuestras vidas y familias. Que su fuego descienda con poder, sobre cada uno de los altares que edifiquemos con reverente temor, en nuestro peregrinar de fe.

¡Qué grande eres, Señor omnipotente!

Nosotros mismos hemos aprendido que no hay nadie como tú, y que aparte de ti no hay Dios.

2 Samuel 7:22

Capítulo tres

DERRIBANDO Y EDIFICANDO ALTARES

“Entonces los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos del Señor y sirvieron a los baales, y abandonaron al Señor, el Dios de sus padres, que los había sacado de la tierra de Egipto, y siguieron a otros dioses de entre los dioses de los pueblos que estaban a su alrededor; se postraron ante ellos y provocaron a ira al Señor”

Jueces 2:11 y 12

En mis escritos, siempre hago hincapié en un interesante detalle que no podemos ignorar, porque todo lo que fue registrado en tiempos pasados, para nuestra enseñanza se escribió, a fin de que por medio de la paciencia y del consuelo de las Escrituras tengamos esperanza (**Romanos 15:4**). Y ese detalle es la reiteración de versículos como este de **Jueces 2:11**.

Estas palabras describen el interminable ciclo que se repitió en Israel durante muchas generaciones, y por tal motivo, creo que tenemos mucho que aprender de esto.

En el capítulo tres. Nos dice: *“Volvieron los hijos de Israel a hacer lo malo ante los ojos de Jehová; y Jehová fortaleció a Eglón rey de Moab contra Israel, por cuanto habían hecho lo malo ante los ojos de Jehová. Este juntó consigo a los hijos de Amón y de Amalec, y vino e hirió a Israel, y tomó la ciudad de las palmeras. Y sirvieron los hijos de Israel a Eglón rey de los moabitas dieciocho años (Jueces 3:11 al 14).*

Entonces en el capítulo cuatro, leemos nuevamente: *“... los hijos de Israel volvieron a hacer lo malo ante los ojos de Jehová... Y Jehová los vendió en mano de Jabín rey de Canaán...” (Jueces 4:1 y 2).* Esta vez los extranjeros cautivaron al pueblo de Dios.

Por supuesto, Israel clamó a Dios cada vez que fue atacado y sometido por alguna nación. Y cada vez, el Señor respondió con fidelidad enviándoles libertadores. Pero tan pronto que ese libertador, que oficiaba de Juez moría, el pueblo, como era de esperar, volvía a su pecado. Y el ciclo volvía a empezar nuevamente.

Los seres humanos no aprendemos fácilmente. Tenemos infinidad de ejemplos, para aprender sobre lo que nos conviene y lo que no, aun así, caemos rápidamente en la fascinación de las tinieblas, y no hacemos el bien que decimos querer, sino el mal que supuestamente no queremos. El apóstol Pablo dijo, que esa es exactamente nuestra humana actitud (**Romanos 7:19**).

“Los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos de Jehová; y Jehová los entregó en mano de Madián por siete años.”

Jueces 6:1

En este caso, y durante ese periodo, Israel era derrotado continuamente por su enemigo Madián. Cada año, los madianitas incursionaban sobre el territorio de Israel, saqueando sus cosechas y sus bienes, abusando de sus mujeres y tomando a sus hijos en esclavitud. Los líderes de Madián soltaban todos sus camellos y todo su ganado, para que pastaran en los campos de Israel. Y las bestias devoraban la cosecha por completo, comiendo los cultivos como si fueran langostas.

Cada vez que Israel se resistía, los madianitas los corrían a las montañas. El pueblo de Dios terminó buscando refugio en cuevas y guaridas, obligados a procurar alimentos de cualquier forma, de hecho la Palabra dice que: ***“De este modo empobrecía Israel en gran manera por causa de Madián” (Jueces 6:6)***. Israel perdió todo por este enemigo, sus bienes, sus recursos y algunos familiares. Ellos terminaban viviendo como un pueblo desamparado y despojado de todo, cuando apenas unos años atrás, habían entrado a la tierra con evidente poder de conquista y bendición.

Las Escrituras, una y otra vez dicen: ***“... y los hijos de Israel clamaron a Jehová” (Jueces 6:6)***. Sin embargo, este clamor no siempre era el resultado de un sincero

arrepentimiento por el pecado, sino que clamaban porque eran oprimidos por los madianitas y pedían ayuda como víctimas, sin considerar que todo lo que sufrían, era consecuencia de su pecado. Ellos daban gritos de angustia, a causa de su pobreza, sus pérdidas y su inseguridad, pero generalmente, no eran gritos de arrepentimiento.

El Señor, simplemente parecía no oírlos y muchos vivían gran frustración. Esto era así, hasta que alguna voz profética, o la misma reflexión de los motivos, los hacía volverse en arrepentimiento pidiendo perdón. Entonces el Señor inclinaba su oído en favor de ese quebranto y les mandaba un Juez, para librarlos de la pena.

Notemos que las Escrituras, no dicen que Dios les enviaba un guerrero, sino un Juez. Era claro que sin arrepentimiento verdadero, no podía haber justicia. Pero cuando ellos se arrepentían de su maldad, entonces el Señor enviaba justicia para toda la nación.

Por ejemplo en esta ocasión de opresión madianita, antes de enviarles un libertador, el Señor les mandó un profeta. Este hombre de Dios puso su dedo sobre la razón por la cual el pueblo estaba siendo tan acosado diciendo:

“Mira tu historia. En cada caso, Dios te libertó de la mano de todos los que te oprimían. Él te sacó de la esclavitud en Egipto. Y Él te dijo que no temieras a los dioses de los amonitas, en la tierra de los cuales morabas. Pero no le has obedecido. Aún haces homenajes a dioses falsos.”

Jueces 6:8 al 10 PDT

El profeta le mostró claramente a Israel cuál era su pecado. Ellos habían olvidado los mandamientos del Señor, de no temerles a los falsos dioses de este mundo. En **Jueces 10**, vemos al pueblo de Dios admitiendo su pecado: *“Entonces los hijos de Israel clamaron a Jehová, diciendo: Nosotros hemos pecado contra ti; porque hemos dejado a nuestro Dios, y servido a los baales.”* (Jueces 10:10).

Aquí, la palabra *“baales”* se encuentra en forma plural, por lo cual denota a todos los dioses falsos de esa época. La raíz de baales es Baal, que en hebreo significa “amo o señor”. Es decir, el Señor les desenmascaraba la infidelidad, y les mostraba de qué manera los espíritus inmundos los engañaban fácilmente. La misión de Satanás era robar al menos un poco de la adoración a Dios y si podía, obtener la confianza del pueblo. Esto lo sigue procurando y por tal motivo es trascendente que lo consideremos.

Como todo pecado, produjo en Israel, mucha tristeza. Desastre económico, terrorismo de sus enemigos y gran incertidumbre de fe. El hecho es que Dios ya no los estaba protegiendo y la misma incredulidad que vivían, no les permitía comprender a cabalidad lo que ocurría. Por supuesto que el Señor amaba a Israel, al igual que nos ama a nosotros, pero no podía respaldar el pecado y la injusticia. Él les enviaba profetas y trataba de hacerles volver bajo sus alas protectoras, pero tenía que lidiar con sus corazones endurecidos.

Israel no reconocía fácilmente, que las causas de sus crisis eran el resultado lógico de tanto pecado. Increíblemente, y después de tantas demostraciones que Dios les había hecho, no solo creían en otros dioses, sino que los adoraban, incluso sacrificando bebés, derramando sangre inocente, volviéndose sensuales y adictos al placer, practicando la prostitución idolátrica.

Como resultado de todo esto, un desastre detrás de otro caía sobre ellos. Sin embargo, reitero esta cuestión, porque ellos, no asociaban estos desastres con su rebelión y sus abominaciones. No llegaban a comprender que no eran víctimas, sino culpables de lo que les ocurría.

Pensemos muy bien esto que le ocurrió muchas veces al pueblo de Dios, porque en las últimas décadas, el mundo ha visto los peores desastres de la historia. Maremotos, terremotos, huracanes, inundaciones, guerras, hambre, pobreza, pestes, injusticias en todos los órdenes de la sociedad. Tal vez, deberíamos analizar crudamente, cual es el rol de la Iglesia en todo esto.

Ahora mismo, y desde hace ya más de un año, estamos viendo una pandemia mundial generada por el virus COVID 19, que no solo se ha cobrado la vida de millones de personas, sino que se ha multiplicado mutando en diferentes cepas, cada vez más peligrosas.

Le economía mundial, está sufriendo los embates de esta terrible pandemia y todavía no se ha podido calcular las

verdaderas consecuencias que terminará produciendo. El mundo entero está siendo sacudido y bien podemos atribuir algunas cuestiones, a poderosas corporaciones y el avance del Nuevo Orden Mundial, o el futuro gobierno del anticristo. Sin embargo, también creo que esto, se está produciendo en esta generación, porque la iglesia, no está velando como debería.

La Iglesia debería ser un retén ante la manifestación de un grado mayor de iniquidad en el mundo. Sin embargo, si no funcionamos como verdaderos altares, orando, adorando y viviendo en justicia, los cielos no podrán abrirse camino en esta sociedad, cuando esto ocurre, la injusticia toma lugar. Cuando no entendemos la Cruz, la vida no fluye, y la vida es la única Luz de esperanza para los hombres, y obviamente, el único poder que funciona contra las tinieblas.

A cada lugar del mundo que miremos, podemos ver maldad, injusticia y caos. Me pregunto: ¿Acaso el Señor, no nos está hablando claramente? Él puede intervenir y evitar que estas cosas ocurran en el mundo, pero no lo está haciendo. Creo que desde la Iglesia, deberíamos preguntarnos ¿Cuál es el motivo?

Podemos ignorar lo que está sucediendo, o podemos entrar en una crisis de fe, como les está ocurriendo a muchos. Podemos echarle toda la culpa al diablo con facilidad, o como algunos líderes están haciendo, podemos opinar y exponer conspiraciones creando caos y mayor incertidumbre dentro del pueblo de Dios. Pero me sigo preguntando ¿No será, que

en medio de las consecuencias del pecado que vive el mundo, el Señor nos está hablando claramente a nosotros, Su Iglesia?

Por otra parte, podemos pensar que si la muerte, el hambre y la maldad siguen creciendo, la gente se volverá a Dios, pero eso no es verdad. En la época de los Jueces, ni siquiera su pueblo se arrepentía de su pecado. Ellos solo clamaban pidiendo ayuda, pero los niveles de orgullo, eran inexplicables. Realmente les costaba mucho entrar en razón. Generalmente debían llegar a tremendos grados de quebrantamiento y dolor para arrepentirse de corazón.

Hoy no veo una sociedad arrepentida, sino apostando doblemente en favor de su pecado. Eso no me extraña, lo que sí quisiera ver, es a una Iglesia clamando en arrepentimiento por su inoperancia y su tibieza. Que la sociedad de hoy, levante altares a las tinieblas, no debe extrañar a nadie, pero que la Iglesia, haya danzado en esos altares, como si todo fuera aceptable, ha sido mucho peor.

El Señor no le dice al mundo que sea santo. Se lo dijo a Israel y padecieron por no cumplir (**Levítico 11:44**). Nos lo dijo a nosotros, Su Iglesia (**1 Pedro 1:16**), y nos hemos dejado seducir por los altares culturales de estos tiempos. Y por supuesto, no me estoy refiriendo a cuestiones superficiales, como vestimentas, peinados o tatuajes. Me estoy refiriendo a la liviandad con la que aceptamos todo y mezclamos todo lo que esta sociedad propone.

Que algunos cristianos pidan ayuda a Dios, como lo hizo Israel, no alcanza, Dios desea algo más de nosotros. Israel lloró fuertemente, clamando a Dios en su angustia, pero antes de ayudarlos el Señor envió profetas para mostrarles que habían sido sus abominaciones, las causantes de tanto dolor. Solo cuando ellos reconocían el pecado, se arrepentían de corazón y derribaban los altares de los lugares altos, el Señor les levantaba un juez, para llevarles verdadera justicia ante sus opresores.

Es decir, aunque clamemos a Dios en arrepentimiento, Él requiere algo más de nosotros. Debemos quitar de nuestros corazones, todo dejo de maldad.

El Señor dijo esta palabra a Gedeón: “... ***Toma un toro del hato de tu padre, el segundo toro de siete años, y derriba el altar de baal que tu padre tiene, y corta también la imagen de Asera que está junto a él***” (Jueces 6:25).

Antes de esto, Gedeón probablemente pensaba que estaba suficientemente arrepentido. Después de todo, él había clamado al Señor y un ángel había venido a su encuentro. Sin embargo y a pesar de todo, lo primero que hizo el Señor, fue pedirle que derribe los altares familiares, levantados a los dioses paganos. Con lo cual, le estaba diciendo que el problema no estaba en los cielos, sino en su propia familia.

Hoy veo el mismo tipo de actitud que la de Gedeón, en muchos cristianos que, claman por ayuda. Se encuentran asustados y desorientados, pero saben que Dios es poderoso

para librarlos. Reconocen su falta de compromiso y entrega total. Pero aun así, un problema permanece, no derriban la idolatría que hay en sus corazones. Familia, trabajo, posesiones, dinero, bienestar, prestigio, éxito personal, pueden ser ídolos difíciles de detectar.

Sí nuestro arrepentimiento ha de ser pleno, debemos derribar toda idolatría. De lo contrario, no importara cuanto clamemos a Dios, oremos y ayunemos. Ningunas de nuestras acciones tendrá impacto alguno, hasta que derribemos todo lo que está ocupando el primer lugar en nuestros corazones.

En el Antiguo Testamento, Baal fue representado por un ídolo tallado, hecho de madera, piedra o metal. Fue formado en la imagen de un hombre, un Adonis atractivo. Aunque este ídolo sólo era un pedazo de material muerto, había un espíritu poderoso detrás de él.

En nuestro tiempo, podemos ver a mucha gente que increíblemente, sigue adorando a los ídolos de piedra, muchas religiones utilizan imágenes, de las más variadas que podemos imaginar, y no saben que detrás de esas imágenes se posicionan espíritus inmundos que logran engañarlos. Lo que no podemos imaginar, es a un cristiano haciendo tal cosa.

Sin embargo, muchos cristianos también caen en idolatría, al contaminar su corazón, enfocados obsesivamente en otras cosas que nada tienen que ver con el Reino. Incluso lo hacen, cuando caen en el desconcierto, el temor y la incredulidad, causada por las circunstancias de vida.

Es absolutamente fatal para nuestra vida espiritual, permitir que nuestro corazón sea permeado por afanes de este mundo. El rey Salomón, quien terminó adorando a los falsos dioses, había escrito lo siguiente: ***“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; Porque de él mana la vida”*** (Proverbios 4:23). Increíblemente, fue lo que él no hizo, al postrarse ante ciertos altares paganos.

Por supuesto que esto, no solo le ocurrió a Salomón, sino que, como hemos visto, fue una constante en el pueblo de Israel. En Ezequiel capítulo ocho, el Espíritu Santo tomó al profeta en un viaje visionario al templo santo. Allí le reveló al profeta cuatro abominaciones deplorables que el pueblo de Dios estaba cometiendo. Ezequiel lo relató así: ***“Y me dijo: Hijo de hombre, cava ahora en la pared. Y cavé en la pared, y he aquí una puerta. Me dijo luego: Entra, y ve las malvadas abominaciones que estos hacen allí. Entré, pues, y miré;...”*** (Ezequiel 8:8 al 10).

Lo que Ezequiel vio lo horrorizó. Las paredes de la habitación estaban llenas de pinturas de ***“toda forma de reptiles y bestias abominables; y todos los ídolos de la casa de Israel,...”*** (Ezequiel 8:10). Frente a estas paredes había setenta ancianos de Israel, moviendo incensarios. Ellos estaban adorando al espíritu detrás de las pinturas.

El Espíritu le dijo a Ezequiel que esta escena revelaba lo que estaba llenando las mentes de los ancianos de Israel. Y esto es lo que estos hombres pensaban: ***“No nos ve Jehová; Jehová ha abandonado la tierra”*** (Ezequiel 8:12).

Pero eso no era así, el espíritu de Baal había sido expuesto por el mismo Señor, a través de la visión dada al profeta.

Ezequiel vio de primera mano cómo este espíritu había levantado un altar en la mente de las personas y tomado el control. Como resultado, los líderes de Israel descartaron el cuidado de Dios por ellos. Mientras ellos comparaban su pobreza con la aparente prosperidad de los madianitas, se preguntaban: “¿Dónde está Dios?” Luego evaluaban su realidad diciendo: “Nuestras oraciones no son contestadas. No vemos ninguna evidencia de que Dios esté obrando a favor nuestro. El Señor sin duda nos ha abandonado...” Lamentablemente, al igual que en esa época, el enemigo continua hoy, tratando de contaminar corazones.

Satanás había cumplido su única y primordial misión, implantar en la mente y el corazón del pueblo, que Dios no es quien la Biblia dice. Él simplemente procura convencer que Dios no tiene todo el conocimiento, que no es Todopoderoso y que no tiene cuidado de los suyos en todo tiempo. El enemigo, está trabajando constantemente sembrando semillas de dudas y tratando de contaminar corazones, tal como lo hizo con Eva. Por tal motivo, el apóstol Pablo dijo:

“Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo.”

2 Corintios 11:3

Los espíritus inmundos, siempre están rondando cuando nosotros vivimos circunstancias de adversidad. Mientras procesamos el dolor y nos preguntamos acerca del propósito de Dios para tales circunstancias, él trata de inyectar incredulidad en nuestra mente y ensuciar nuestro corazón.

Hoy en día, ante la pandemia mundial que estamos viviendo, mucha gente se pregunta: “¿Si Dios es justo y verdaderamente ama a los seres humanos, cómo puede permitir que esto pase?” Y es lógico que las personas puedan pensar así, lo grave de todo esto, es que muchos cristianos también han cuestionado estas cosas, al menos en lo profundo del corazón.

Hay, una gran incertidumbre en la sociedad. Las prolongadas cuarentenas de algunos países, han producido estragos financieros. De hecho, todavía no estamos viendo los efectos finales de esta cuestión. Aun así, los inversores ya están desorientados, los empresarios temen por sus empresas y los empleados, temen perder sus trabajos. Mientras todos tratan de imaginar un futuro algo prometedor, están abrumados por el temor de que nunca más se recupere la normalidad.

Cuando cosas como estas ocurren, Satanás lanza tremendos ataques sobre la mente y el corazón de las personas, procurando sembrar semillas de incredulidad y de temor. Es lógico que lo consiga con gente que no conoce al Señor, pero lamentablemente, también lo está logrando con

muchos cristianos que contaminan su corazón de manera tal, que no pueden orar con fe, ni adorar en espíritu y en verdad. Dejan de ser altares abiertos para Dios y solo viven como creyentes confesos, pero no como discípulos verdaderos.

Debemos derribar todo altar de incredulidad. El profeta Jeremías describe la incredulidad como un pecado que afecta el corazón y que no es fácil de quitar: ***“escrito está como cincel de hierro y con punta de diamante; esculpido está en la tabla de su corazón...”*** (Jeremías 17:1).

Según el profeta, Dios le dijo a Israel: ***“Porque fuego habéis encendido en mi furor, que para siempre arderá.”*** (17:4). Pero ¿Cómo manifestaron esa incredulidad? ***“Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo, y su corazón se aparta de Jehová... Bendito el varón que confía en Jehová, y cuya confianza es Jehová.”*** (Jeremías 17:5 y 7).

Hoy vemos que muchos hermanos, hablan de su fe, pero en realidad confían en sus propias fuerzas. Ese afán no es inocente, no se puede ser un portal del cielo con un corazón dividido. Debemos derribar los altares contaminados y levantar a Dios un altar puro y especial para Él.

“Esa misma noche, Dios le dijo a Gedeón: Ve al ganado de tu padre y toma el mejor toro. Derriba el altar de Baal que tiene tu padre, y destruye la estatua de la diosa Aserá, que está junto al altar de Baal. Luego, con piedras

labradas, edifica un altar en mi honor en la parte alta de la colina...”

Jueces 6:25 y 26

El padre de Gedeón había erigido un altar a Baal en su propiedad. Solamente era una estatua de madera. Pero el espíritu detrás de ella, había edificado una fortaleza en el corazón de Gedeón. Cada vez que Gedeón pasaba y lo veía, la voz de ese ídolo hablaba a su alma: “Mira tú pobreza, tus penurias y tus necesidades ¿Dónde está el Dios de tus antepasados?” Ciertamente, el ídolo estaba como testimonio a cada israelita que lo miraba.

En Jueces 6, un ángel le dijo estas palabras a Gedeón: ***“Jehová está contigo, varón esforzado y valiente.”*** (Jueces 6:12). Él solo dice algunas palabras a Gedeón, y las primeras tres, bien podían ser aplicadas no sólo a Gedeón sino a todo el pueblo, incluyendo la iglesia actual: ***“Jehová está contigo.”*** En esencia, el Señor está diciendo: “Esta promesa es todo lo que tú necesitas: Yo estoy con ustedes...”

Esta verdad, debe convertirse en el mismo fundamento de nuestra fe. No importa lo que enfrentemos, sea penuria, tragedia, enfermedad, pobreza o tentación, la promesa de nuestro Señor es verdadera: ***“Yo estaré con vosotros, todos los días hasta el fin del mundo”*** (Mateo 28:20).

En todas nuestras pruebas, especialmente mientras somos parte de una sociedad abrumada por esta pandemia, debemos asirnos a esta palabra. Debemos clamar en fe:

“Sabemos que estás con nosotros Señor. Y si tú estás con nosotros, ¿quién estará en nuestra contra?” (**Romanos 8:31**). Esa fe es fundamental para llevar un olor grato al Señor, a través de nuestras oraciones y nuestra adoración.

Cuando Gedeón se encontró con el ángel del Señor, tenía un espíritu de incredulidad en su corazón. Él le contesto al ángel: **“Si Jehová está con nosotros, ¿por qué nos ha sobrevenido todo esto? Y donde están todas sus maravillas, que nuestros padres nos han contado, diciendo: ¿No nos sacó Jehová de Egipto? Y ahora Jehová nos ha desamparado, y nos ha entregado en mando de los madianitas”** (Jueces 6:13).

Gedeón estaba diciendo las mismas cosas que llenaban las mentes de aquellos setenta ancianos en la visión Ezequiel: **“No nos ve Jehová; Jehová ha abandonado la tierra.”** (Ezequiel 8:12). Ellos se decían a sí mismos: “Si, existe Dios. Él existe y es el Creador de todo. Pero Él no nos hace caso. Él no ve nuestra situación. Él nos ha abandonado...”

Dios ya le había ordenado a Gedeón: **“Ve y libera a Israel. Yo estaré contigo.”** Pero todavía había que tratar un asunto en su corazón, por eso el Señor le dijo: Aún dudas que estoy contigo. Eso es idolatría, Gedeón, ve busca el buey de tu padre, y derriba ese ídolo. Entonces corta todos los árboles en la arboleda, y úsalos para construir un altar nuevo. Vas a consumir el ídolo de tu padre sobre ese altar. Quiero que derribes ese símbolo de incredulidad y lo destruyas por completo.

Nosotros no tenemos altares en nuestras casas, o en un lugar geográfico, pero como estamos aprendiendo, sí lo tenemos en nuestro corazón. Tenemos un altar que debe mantenerse santificado y renovado cada día, en la fe y en la pasión por un Dios glorioso, presente y maravilloso, que nos ha prometido la victoria ante toda adversidad.

El Señor, está a punto de hacer algo nuevo con Su Iglesia, pero primero, debemos derribar cada pensamiento de duda, y rendir cada temor. Dios quiere que derribemos por completo viejos altares contaminados por los pensamientos de este mundo. No olvidemos que antes de conocer al Señor, éramos enemigos de Él en nuestra mente (**Colosenses 1:21**). Por eso el apóstol Pablo también dijo:

“No vivan según el modelo de este mundo. Mejor dejen que Dios transforme su vida con una nueva manera de pensar. Así podrán entender y aceptar lo que Dios quiere y también lo que es bueno, perfecto y agradable a Él”
(Romanos 12:2 PDT)

Puede que en este mundo, algunas cosas se pongan peor. Ya está escrito que así será, no deberíamos sorprendernos de lo que estamos viviendo y lo que se vendrá. Es tiempo de poner en alto la voz de la fe y adorar a Dios con todo nuestro corazón. Cuidemos el altar, porque solo así se abrirán los cielos para gloria del Padre y para salvación de multitudes.

***“Con toda diligencia guarda tu corazón, porque de él
brotan los manantiales de la vida.”***

Proverbios 4:23 LBLA

Capítulo cuatro

ALTARES DE ORACIÓN

“No se inquieten por nada; más bien, en toda ocasión, con oración y ruego, presenten sus peticiones a Dios y denle gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, cuidará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús.”

Filipenses 4:6 y 7

Los altares son los ámbitos donde se muere ante el Señor, por lo cual se convierten en ámbitos de vida. Espiritualmente para nosotros, por el poder de la resurrección, es la dimensión donde nuestra voluntad finita es sometida a la voluntad del Dios eterno. Es donde muere el viejo hombre y toma lugar el nuevo hombre, creado según Dios.

Esta operación siempre trae la ayuda del Espíritu Santo, quién hace posible todas las cosas. Él nos ha convencido de pecado, nos ha impartido la vida y nos ha permitido comprender el amor del Padre y la obra del Hijo. Es Él quién nos lleva al altar de oración cada día.

A través del altar de oración Cristo vivió el cielo aquí en la tierra. En medio de las tempestades, decepciones y persecuciones, supo mantener la calma y la serenidad de manera incomprensible. Estaba en el mundo, pero no permitía que las cosas del mundo afectaran Su santidad, de hecho, caminó en medio de las tinieblas como un portal del cielo a través del cual, todos podían ver la Luz.

Notros como sus embajadores, todos los días, tenemos luchas, pruebas, desafíos, oportunidades, alegrías y también tristezas, pero si buscamos a Dios en incesante oración, podremos tener días con entereza espiritual y como dice Pablo, podremos vivir sin inquietarnos por nada, más bien, daremos gracias a Dios en todo y por todo.

Lo primero que tenemos que entender acerca del altar de oración, es que nuestro Señor y Salvador Jesucristo tuvo que sufrir y morir en la Cruz para hacer posible que nos acerquemos al trono de la gracia para adorar y orar (**Hebreos 10:19 al 25**), es por esta revelación, que podemos decir que orar en Cristo, es la gracia maravillosa de poder levantarle altares agradables al Padre.

Solo a través de una vida de oración, alcanzaremos victorias jamás imaginadas, pues la oración nos lleva por la Cruz al poder de la resurrección. Eso implica poder sobrenatural, cobertura bajo Su voluntad, y la paz que produce la certeza de un triunfo garantizado. Sin dudas, una de las mayores necesidades en estos días conflictivos es avivar nuestro altar de oración.

Los grandes héroes de la fe tenían una comunicación viva y abierta con el cielo, ellos tenían en mente que sin la oración no conseguirían aliento para completar la carrera. Ellos vencieron las pruebas día a día, pues, las mayores victorias de la iglesia de Cristo o de los cristianos, no son las que se ganan mediante el talento o la educación, la riqueza o el favor de los hombres. Son las victorias que se alcanzan en el altar de oración, cuando la fe fervorosa y agonizante se aferra del poderoso brazo del Señor.

Nuestra espiritualidad y productividad en la obra del Señor, estarán siempre en proporción directa con la consistencia de nuestras oraciones. Hablar con el Padre, es nuestra mayor necesidad. ***“Entonces ustedes me invocarán, y vendrán a suplicarme, y yo los escucharé”*** (Jeremías 29:12).

La Biblia nos presenta a varios hombres de oración, como los hombres fuertes en sus tiempos. Cuando oraban el clima cambiaba, cuando oraban las personas sanaban, cuando oraban el cielo se abría, cuando oraban la tentación se apartaba, ellos oraban y alcanzaban fuerza, poder y paz. Creo que nosotros debemos ser confrontados por ese testimonio, porque ellos vivieron en pactos muy adversos en relación a la gracia que nosotros hemos recibido en Cristo, sin embargo esas oraciones marcaron la gran diferencia.

La definición más básica de la oración es hablar con Dios pero no es siempre hablar y hablar, aunque también debemos hacerlo, no es repetir y repetir deseos, ni un

monólogo ante Dios. La oración no es el intento de convencer a Dios para que nos de lo que pedimos, y tampoco es hacer diálogos cruzados con el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo, mezclando todo como si fuera una verdadera ensalada verbal, donde para mal, también se mezclan diálogos y reprensiones a Satanás.

La oración es la forma principal que tiene el creyente en Jesucristo para comunicar sus emociones y deseos con Dios y tener comunión con Él. La oración tiene protocolos y legalidad, cuando ignoramos esto dejaremos de ser efectivos. Y digo dejaremos, porque de recién convertidos, nuestras oraciones tal vez, fueron incorrectas y mal realizadas, sin embargo hay lógica en el hecho de que tal vez funcionarán igual.

Cuando somos niños espirituales, el Padre no demanda protocolos, ni revelación de la legalidad. Más bien somos como esos bebés que utilizan el llanto y los gritos, como únicos medios de expresión y sin embargo la mamá los entiende y los complace. Aun así, se supone que al ir madurando, los niños comienzan a hablar y aprenden a comunicarse correctamente.

Si deja de ser un niño y ya es un joven adolescente, se le reclamará una buena comunicación, educación y respeto. Considerando que menos que eso, es inadecuado y lamentable. Lo mismo ocurre con nosotros. Cuando éramos hijos inmaduros, el Padre no nos demanda nada, simplemente nos entendía y nos consentía en todo, pero a través del

tiempo, comienza a tornarse de vital importancia que comprendamos cómo debemos comunicarnos correctamente con el Señor. Esto no significa que el Padre ya no nos entienda, sino que demanda madurez y sabiduría espiritual.

Por ejemplo, debemos saber que la oración debe ser dirigida al Padre, a través y en el nombre del Hijo, por la luz y el poder del Espíritu Santo. Es cierto que nuestro Dios es uno solo pero manifestado en tres personas, y cada una de esas personas tienen una función conjunta, coordinada y perfecta, pero diferente. Este, es un extraordinario misterio. Pero, respecto de la oración, es fundamental comprenderlo, al menos de manera básica y como todo misterio debemos asumir la responsabilidad de profundizar en él, en busca de mayores riquezas.

Primero que todo, debemos entender claramente que sólo hay un Dios. Dios es sólo uno, y no hay otro aparte de Él. Nuestro Dios es el único Dios, las Escrituras establecen esto claramente: ***“Yo soy Jehová, y ninguno más hay; no hay Dios fuera de mí”*** (Isaías 45:5). Y el apóstol Pablo, también considera esto con rigor: ***“Y que no hay más que un Dios”*** (1 Corintios 8:4).

El Dios que creó los cielos, la tierra y a los seres humanos para la concreción de Su propósito, es uno solo. El Dios que nos escogió y nos predestinó es uno solo. El Dios que nos ama con amor eterno es uno. Nosotros sólo tenemos un Dios: no dos, ni tres ni muchos, sino solamente uno.

Ahora bien, aunque nuestro Dios es sólo uno, hay algo misterioso acerca de Él, que Él se manifiesta en tres personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Por ejemplo, en **Mateo 28:19** el Señor Jesús dijo a los apóstoles, que debían hacer discípulos y consagrarlos, *“Bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”*. Aquí el Señor habla claramente de los Tres, o sea, del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Sin embargo, notemos que se refiere a *“el nombre”* en singular, lo cual denota una única Persona. Aun podríamos decir que el nombre de nuestro Dios es “Padre, Hijo y Espíritu Santo”. En versículos como éste podemos ver en la Biblia, que nuestro Dios es uno y a la vez tres, es tres y a la vez solo uno.

El Padre, el Hijo y el Espíritu no sólo coexisten, sino que también moran el Uno en el Otro. **Juan 14:10 y 11** dice claramente que el Hijo está en el Padre y el Padre está en el Hijo. Ver al Hijo es ver al Padre. Cuando el Hijo habla, quien trabaja es el Padre. Ambos son inseparables. Además, la Biblia dice que el Hijo, después de Su muerte y resurrección, fue manifestado en Espíritu (**1 Corintios 15:45**). El Hijo, en quien el Padre está, fue hecho el Espíritu, de modo que pudiera entrar en el pecador redimido.

El Hijo viene a nosotros por Su Espíritu, revelándonos el diseño de Su gracia y posicionándonos en Él, para tener acceso al Padre en plena comunión espiritual. Por lo tanto, cuando elevamos oraciones desde el altar de nuestro corazón, debemos tener revelación de ese diseño fundamental del Reino. Por medio del cual, la oración debe ser dirigir al

Padre, a través y en el nombre del Hijo (**Juan 16:23**), por la luz y el poder del Espíritu Santo (**Romanos 8:26**). Esto no implica que en algún momento, podamos nombrar a uno u otro. La trascendencia está en la revelación y no, en el estricto protocolo de las Palabras. Sin embargo, estas no son inocentes.

Cuando escucho orar a un hermano, no me detengo en observar los detalles, yo sé lo que está haciendo. Sin embargo, creo que debemos ir ordenando nuestras expresiones. De hecho, muchas veces escucho cuando alguien está orando al Padre, le pide al Espíritu, le habla a Jesús y de pronto le habla al diablo reprendiéndolo. Luego continúa con el Padre, para luego echar fuera, algún espíritu inmundo que considera presente, y así van y vienen desordenadamente.

Debemos ordenar el altar de oración, reitero, las palabras no son inocentes, y aunque alguien pudiera decirme que lo importante es la intención, le diría que estoy de acuerdo, pero las intenciones, nunca justifican acciones descuidadas cuando vamos aprendiendo cómo debemos hacerlo bien.

Reitero esto procurando ser claro, Dios es uno y nombrar a uno en lugar de otro en oración, no es pecado, pero creo que debemos trabajar sobre nuestra consciencia, honrando los diseños del Reino, para magnificar la obra integral de nuestro glorioso Dios.

“Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús”

Filipenses 4:6 y 7

Dios quiere que hablemos con Él de todo lo que nos sucede, de todo lo que pensamos y de todo lo que deseamos. ¿Con qué frecuencia debemos orar? La respuesta bíblica es que debemos orar sin cesar (**1 Tesalonicenses 5:17**) y en todo tiempo (**Efesios 6:1**). Es decir, que debemos mantener una conversación continua con Dios durante todo el día. Por supuesto, esto no implica estar de rodillas o hablando en voz alta, simplemente implica vivir en plena comunión con el Espíritu, teniendo diálogos internos en plena consciencia de Su presencia.

En todo caso, cualquier oración se debe hacer con fe (**Santiago 1:6**), porque sin fe es imposible agradar a Dios (**Hebreos 11:6**). La oración expresa nuestra confianza y total dependencia en Dios. Oramos para alabarle, para darle las gracias y decirle cuánto le amamos. Oramos para disfrutar de Su presencia y contarle lo que ocurre en nuestras vidas. Oramos para hacer peticiones, buscar orientación y pedir sabiduría.

A Dios le encanta este intercambio con Sus hijos, de la misma manera que a nosotros nos encanta el diálogo sincero con nuestros hijos. La comunión con Dios es el corazón de la

oración. Con demasiada frecuencia perdemos de vista lo sencilla y profunda que pueden ser nuestras oraciones.

Cuando hacemos peticiones a Dios, le hacemos saber exactamente nuestra posición y lo que nos gustaría que ocurriera, pero siempre debemos admitir que Dios es más sabio que nosotros y que, en última instancia, solo Él sabe lo que es mejor en cualquier situación (**Romanos 11:33 al 36**). Dios es bueno y nos demanda confianza en Su obra.

Hay quienes buscan la clave para que las oraciones sean contestadas, incluso se han escrito libros de métodos para lograrlo, pero en mi modesta opinión, la garantía de que una oración será contestada sí o sí, es orar según la voluntad del Padre y de acuerdo con Su Palabra, porque si Él ha determinado algo, simplemente lo hará, y todo lo que Él determina, es bueno, agradable y perfecto (**Romanos 12:2**).

La oración no es tratar de convencer a Dios, o buscar nuestra propia voluntad, sino tratar de alinearnos con Su voluntad en completa abnegación (**1 Juan 5:14 y 15**). Estoy completamente consciente de que he reiterado esto en más de una ocasión, y puede que algunos consideren esto innecesario, pero estoy en condiciones de asegurar, que este pensamiento debe ser fijado en nosotros, si es que queremos una vida victoriosa en el Reino.

Mucha gente cree que la oración consiste únicamente en pedir cosas a Dios, y que la mucha insistencia, debe producir resultados, pero aunque la súplica es una parte de la

oración (**Filipenses 4:6**), no es la clave de la oración como algunos pretenden. Por el contrario, el objetivo fundamental de la oración, es que Dios nos pida a nosotros, lo que Él desea que hagamos. Él es el Señor, y la mayor apertura de un altar levantado al Señor, se produce cuando Él nos habla, no cuando hablamos nosotros.

Dios no es un genio como el de la lámpara de Aladino, que responde a todos nuestros deseos, ni es un Dios débil al que podemos controlar con nuestras oraciones y mucho menos manipular a través de ciertas expresiones del alma. El Señor no se mueve por sentimientos, sino por propósito. La prueba de esto, es que envió a Su hijo a la cruz, aunque Su amor por Él era absoluto y perfecto. Si el Señor tiene algo que hacer o permitir, simplemente lo hará, aunque no podamos comprenderlo.

Por eso, la mejor manera de aprender sobre el propósito de la oración es tomar ejemplo de Jesús, porque durante Su ministerio terrenal, el sometimiento a la voluntad del Padre fue claro y contundente. En las oraciones de Jesús, siempre encontramos el clamor para que el Padre sea glorificado ante cualquier pedido, incluso en Su oración en el huerto de Getsemaní, donde expresó: *“pero no sea como yo quiero, sino como tú”* (**Mateo 26:39**). Con cualquier petición que tengamos, debemos someternos a la voluntad de Dios.

Por otra parte, el modelo de oración que Jesús dio a los discípulos en **Mateo 6:9 al 13**, conocido como el Padre

Nuestro, no fue dado para repetirlo una y otra vez como un rezo milagroso. Sino que contiene un patrón revelador, de la esencia que debe tener una oración espiritual genuina. Veamos que la primera parte incluye la alabanza y la adoración a Dios (**Mateo 6:9**), y luego la segunda parte pasa al pedido de la voluntad de Dios (**Mateo 6:10**).

Después de esto, hay una súplica por nosotros mismos y por los demás (**Mateo 6:11 y 12**), así como una petición de fortaleza para hacer frente a la tentación (**Mateo 6:13**). Jesús modeló esta oración para Sus discípulos, y muestra todas las razones, con un enfoque centrado en la adoración. Esta esencia, no debe faltar en nuestras oraciones personales. Por supuesto, nuestras expresiones, no deben convertirse en frías estructuras artificiales de religiosidad.

Todo el mundo quiere que sus oraciones sean eficaces en resultados, y está bien. Sin embargo, si nos enfocamos solo en los resultados, perderemos de vista el increíble privilegio que tenemos tan solo en el hecho de poder hablar con Dios. El objetivo personal al levantar un altar de oración, nunca debe ser un deseo personal, sino que lo más importante es la honra al Padre y el disfrute en Su presencia.

Que podamos hablar con el Creador del Universo es en sí, algo extraordinariamente maravilloso y no deberíamos perder el asombro por eso. Yo recuerdo cuando conocí al Señor, estaba impactado con el hecho de que Dios, fuera capaz de darse a conocer, que pudiera sentirlo de alguna forma tangible, era algo tan increíble que me cautivó por

completo. No quisiera, después de varios años de ministerio, perder ese asombro por Su presencia. No quisiera tener por algo común o normal, un hecho tan extraordinario, como el poder tan solo comunicarme con Él.

Aún más sorprendente es, que no solo nos oye, sino que también actúa a nuestro favor. Todo en el marco de Su gracia. Una gracia tan extraordinaria, que no solo nos permite este privilegio, sino que además lo genera. Nunca debemos olvidar que Él lo hizo posible a través de la obra redentora de Jesucristo. Una obra basada en el amor y el sacrificio absoluto. ¿Cómo no alabar eso? ¿Cómo no valorar semejante gracia?

Si meditamos un poco en esto, podríamos decir que sería algo tremendo que el creador de todo el universo, tan solo escuchara por un momento a una de sus criaturas. Sin embargo, perdemos el asombro, ante el hecho de que no solo nos escucha, sino que nos habla y nos reclama tiempo, intimidad, comunión y devoción. ¡Es increíblemente y glorioso! Si los hijos de Dios, meditáramos en esto cada día, viviríamos empapados de Su amor.

Yo no sé lo que puede producir en otros, pero en mi caso, conmueve mis entrañas. Me supera y realmente no puedo describirlo con exactitud. Él es Dios, es nuestro Padre, Él nos ama y siempre está con nosotros. ¿Realmente comprendemos eso?

“Te alabaré, porque asombrosa y maravillosamente he sido hecho; maravillosas son tus obras, y mi alma lo sabe muy bien...”

¡Cuán preciosos también son para mí, oh Dios, tus pensamientos! ¡Cuán inmensa es la suma de ellos! Si los contara, serían más que la arena; al despertar aún estoy contigo.”

Salmo 139:14, 17 y 18 LBLA

En fin, aunque la Biblia ofrece una gran cantidad de orientación sobre cómo podemos profundizar nuestra comunicación con el Creador, la oración efectiva tiene que ver más con la condición de un corazón rendido, que la elocuencia utilizada para expresarnos. Es más, la Escritura dice: ***“La oración eficaz del justo puede mucho”*** (Santiago 5:16), y el justo no es justo porque es elocuente, sino porque sabe rendirse en la persona de Cristo, lo cual involucra al corazón.

La Palabra también dice que ***“los ojos del Señor están sobre los justos, Y sus oídos atentos a sus oraciones”*** (1 Pedro 3:12), y una vez más, ***“la oración de los rectos es su gozo”*** (Proverbios 15:8). Claramente, las apasionadas oraciones de los justos hijos de Dios pueden lograr mucho, cuando se hacen en el altar de la humildad y la verdad.

“Yo con gusto te ofrecería animales para ser sacrificados, pero eso no es lo que quieres; eso no te complace.”

*Para ti, la mejor ofrenda es la humildad. Tú, mi Dios, no
desprecias a quien con sinceridad se humilla y se
arrepiente...”*

Salmo 51:16 y 15 BLS

Capítulo cinco

ALTARES DE ADORACIÓN

“¿Entonces qué? Que de todas maneras, ya sea fingidamente o en verdad, Cristo es proclamado; y en esto me regocijo, sí, y me regocijaré. Porque sé que esto resultará en mi liberación mediante vuestras oraciones y la ministración del Espíritu de Jesucristo, conforme a mi anhelo y esperanza de que en nada seré avergonzado, sino que con toda confianza, aun ahora, como siempre, Cristo será exaltado en mi cuerpo, ya sea por vida o por muerte. Pues para mí, el vivir es Cristo y el morir es ganancia. Pero si el vivir en la carne, esto significa para mí una labor fructífera, entonces, no sé cuál escoger, pues de ambos lados me siento apremiado, teniendo el deseo de partir y estar con Cristo, pues eso es mucho mejor; y sin embargo, continuar en la carne es más necesario por causa de vosotros.”

Filipenses 1:18 al 24 LBLA

Cuando enseño sobre adoración, procuro salirme de la idea, de que unos pocos son los responsables de este ministerio. Sin bien todos los hijos de Dios, somos invitados a sumarnos a la adoración en las reuniones, es como si los músicos fueran los encargados de conducirnos a la adoración,

y yo no tengo problemas con eso. De hecho, cumplen un rol que respeto y valoro muchísimo, pero veo la necesidad de advertir sobre los cuidados de no afectar nuestra consciencia por causa conceptos equivocados.

La música es una expresión más de adoración, pero no es la única. Cuando yo comencé a congregarme, me enseñaron que la alabanza era la música más alegre y movida, mientras que la adoración, era la música más lenta y reflexiva. Por eso nos decían “vamos a alabar” o “vamos a adorar...” Pero con el tiempo comprendí, que alabar o adorar, era un modo de vida. En donde por cierto, podemos incluir canciones, pero que en un gran porcentaje, nada tiene que ver con eso.

En realidad, el Nuevo Testamento revela un silencio sorprendente sobre el lugar externo o las formas de adoración de la iglesia pionera. Sin embargo deja ver claramente una intensificación radical de las experiencias internas de la adoración. Los relatos apostólicos, hacen hincapié en claras experiencias dirigidas a Dios en devoción. Experiencias de corazones comprometidos, con la vida diaria de la fe.

El silencio sobre las formas externas es muy notorio, porque si el Señor quisiera enseñarnos la importancia de la música en la adoración, tendríamos algún pasaje destacado sobre el asunto. Al menos para aprender algo de los músicos de la Iglesia del primer siglo, pero no tenemos eso. Ahora bien, les ruego que ni siquiera consideren una intensión en mí, de descalificar o menospreciar la música. ¡Jamás haría tal

cosa! Por favor, eso debe quedar claro, solo estoy tratando de alumbrar nuestra consciencia respecto de la adoración según Dios.

Personalmente, puedo decir que me gusta mucho y me deleito en el hecho de poder sumergirme en tales expresiones de amor verdadero que fluyen a través de la música. Yo soy muy desafinado para cantar, pero siento que los músicos me regalan la posibilidad de expresar al Señor, a través de ellos, lo que quisiera decir de esa manera y no tengo la capacidad de hacer. Es como si ellos me prestaran los acordes y sus voces para expresar mi alabanza y mi adoración.

Sin dudas eso es muy lindo y necesario, pero creo que debemos trabajar en la consciencia, respecto de que alabanza y adoración, es un modo de vida que no entra en una canción. Es como si un hombre, pudiera expresarle su amor a una mujer a través de una canción. Eso es posible, es muy lindo, y muchos lo hacen, pero si el enamorado, pretendiera vivir con ella, debería demostrarle su amor de mil maneras diferentes, no solamente cantando canciones.

La intensificación de la adoración como una experiencia interior de corazón, dirigida hacia Dios, puede verse en las palabras de Jesús de que viene la hora, y ahora es, en que la adoración no ocurrirá en Samaria, o Jerusalén, sino en *“espíritu y en verdad”* (Juan 4:21 al 23).

Podemos ver que en el Nuevo Pacto, la realidad espiritual interna reemplaza la localización geográfica para la

expresión de la adoración. Y lo vemos nuevamente en **Mateo 15:8 y 9**, cuando Jesús dice: *“Este pueblo de labios me honra; Mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran”*.

La adoración que no proviene del corazón es vana, es vacía. Y Jesús estaba diciendo que había una expresión de supuesta honra, que no contenía la esencia de la verdad. En la Biblia encontramos altares, tabernáculos y templos, pero si hay algo que el Señor siempre priorizó, fue la verdad de los corazones.

El apóstol Pablo también enseñó, que los hijos de Dios, debemos presentar nuestros cuerpos a Dios en obediencia diaria, como si esa actitud, fuera nuestra mejor expresión de adoración verdadera (**Romanos 12:1**). En otras palabras, la esencia de la adoración no es externa, ni son actos localizados, sino una experiencia interna, dirigida hacia Dios, que no ocurre fundamentalmente en los servicios de la iglesia, aunque son muy importantes, sino fundamentalmente, en las expresiones diarias de lealtad a Dios, en nuestra vida sexual, en el modo en que administramos nuestro dinero, o que guardamos nuestros votos matrimoniales, o que hablamos de Cristo.

La adoración es el gran conjunto de expresiones que manifiestan desde un sincero corazón, cuán magnífico es Dios, y cuanta honra y devoción le prodigamos. Es un estado revelado a nuestro espíritu, para expresar con verdadera espontaneidad nuestro amor y gratitud por Dios.

“Conforme a mi anhelo y esperanza de que en nada seré avergonzado; antes bien con toda confianza, como siempre, ahora también será magnificado Cristo en mi cuerpo, o por vida o por muerte. Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia”.

Filipenses 1:20 y 21

Pablo está diciendo que su anhelo y esperanza y pasión es que lo que él hace con su cuerpo, sea por vida o por muerte, siempre sea por adoración. En la vida y en la muerte, su misión es exaltar a Cristo, mostrar que Cristo es magnífico, y demostrar que Él es grande. Cómo dice la versión PDT: ***“teniendo el valor necesario para honrar a Cristo a través de mi vida, sin importar si vivo o muero...”***

Sin dudas Pablo revela la esencia de la adoración, cuando relaciona estos versículos. Veamos la referencia a “la vida” y “la muerte” en el versículo veinte, ya que Pablo dice que Cristo será exaltado en su cuerpo, sea por vida o por muerte, y luego vincula magistralmente las palabras “vivir” y “morir” en el siguiente versículo (21): ***“Pues para mí, el vivir es Cristo y el morir es ganancia”.***

Cómo altares del Nuevo Pacto, podemos arder en Su presencia, tanto en cada inhalación de vida, como en la misma exhalación de la muerte. Es como si pudiera imaginar de qué manera los cristianos del primer siglo, brillaron como altares de adoración en espíritu y en verdad.

“Pero si sigo viviendo en este cuerpo, puedo seguir trabajando para el Señor. Por eso no sé qué escoger. Es muy difícil escoger entre vivir o morir. Quisiera dejar esta vida y estar con Cristo, pues eso sería mucho mejor. Pero quedarme en la tierra es mucho más necesario para seguirles ayudando a ustedes.”

Filipenses 1:22 al 24 PDT

El apóstol Pablo establecía el verdadero sentido de la muerte. Nos lleva hacia más intimidad con Cristo, partimos y estamos con Él, y eso dice Pablo, es ganancia. Cuando alguien experimenta la muerte exalta a Cristo. Esa es la esencia de la adoración, morir al yo, para vivir en Él. Sea en este cuerpo para propósito, o en la gloriosa eternidad.

Lo que significa que ahora podemos decir que la esencia interior de la adoración es atesorar a Cristo como ganancia, incluso más ganancia que todo lo que la vida puede ofrecernos, sea una familia, una carrera, fama, placeres, amigos o dinero. La esencia de la adoración es experimentar a Cristo como ganancia.

Disfrutar a Cristo, atesorar al Espíritu Santo, estar satisfechos con el acceso al Padre, es la verdadera esencia de la adoración. Por eso, dice Pablo, que experimentar a Cristo como ganancia, aun en la muerte, es el modo más supremo de exaltación.

Cristo es magnificado en nuestra muerte, cuando en nuestra muerte estamos satisfecho con Él, cuando

experimentamos la muerte como ganancia y no como pérdida, sabiendo que en ese paso, lo ganamos a Él.

Alabar a Cristo, es apreciar y disfrutar a Cristo. Él será alabado en nuestra muerte y negación diaria, si en nuestra abnegación, Él es más apreciado que la vida que negamos expresar. La esencia interior de la adoración es valorar al Señor, más que todos nuestros deseos, más que todos nuestros proyectos. Atesorarle, apreciarle, estar satisfechos con Él.

“Yo estimo como pérdida todas las cosas en vista del incomparable valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor, por quien lo he perdido todo, y lo considero como basura a fin de ganar a Cristo”.

Filipenses 3:8

El vivir es Cristo, según el apóstol Pablo, significa contar todas las cosas como pérdida ahora en esta vida, en comparación con el valor de ganar a Cristo. ¿Ve la palabra **“ganar”** surgiendo nuevamente en el **3:8** tal como ocurrió en el **1:21**? **“El vivir es Cristo”** significa experimentar a Cristo como ganancia ahora, no solo en la muerte y eso es verdadera adoración.

Sin dudas la vida y la muerte diaria, para nosotros, son actos de adoración que exaltan a Cristo, que le magnifican, y le revelan, expresando Su grandeza. Cristo es alabado en la muerte al ser valorado como superior ante cualquier situación, logro o anhelo de esta vida. Es evidentemente

glorificado cuando estamos más satisfechos en Él que con cualquier otra cosa, incluso al enfrentar la muerte.

La esencia de la adoración verdadera en todo tiempo, es estar satisfechos con Cristo. Cuando decimos que lo que hacemos en la reunión del domingo es alabar o adorar, está bien, porque lo hacemos todos juntos, en plena comunión y tratando de expresar por medio de la canción, que estamos satisfechos en Cristo, y que Él es nuestro mayor tesoro, que es el alimento de nuestra alma, la delicia de nuestro corazón, y el placer de nuestro espíritu, pero de manera individual, eso debe prolongarse durante cada día, hora, minuto y segundo de nuestras vidas.

Hay muchas líneas doctrinales que procuran guardar una ética poco popular, pero adoptada entre ellos, que dice que es un error moral buscar nuestra felicidad, incluso en Dios. Yo creo y enseño, que buscar la plenitud de vida y el gozo verdadero, es absolutamente necesario para la adoración auténtica.

Reitero, que la esencia interior de la adoración es la satisfacción en Dios, sin dudas, cuando eso se nos revela, nos inunda el gozo espiritual de tenerlo todo en Él. Luego, y por esa misma causa, todo lo que se sume a nuestra vida no nos generará pérdidas, porque estaremos firmes sobre la Roca.

Los líderes que enseñan que buscar la felicidad es un pecado, solo están generando un pueblo amargado, que bajo ningún punto de vista pueden reflejar lo que produce estar

enamorados del Señor. En lo natural vemos, que todo enamorado pareciera tener un brillo especial en sus ojos y un semblante que delata ese maravilloso estado. Pero un religioso asusta y siempre predica de Cristo bajo la amenaza de la condenación y el infierno.

Pablo les dijo a los hermanos de Filipo ***“Alégrese siempre en el Señor. Insisto: ¡Alégrese!”*** (Filipenses 4:4). Nadie puede hacer eso, y mucho menos en tiempos de persecución, a menos que tengan una valoración correcta, de que Cristo es suficiente y mucho más importante que la vida misma.

La Iglesia de hoy, está demasiada enfocada en los bienes y los logros personales. La voz de esta sociedad demanda éxito. Y el éxito según Dios, nada tiene que ver con lo que hoy se persigue. Lamentablemente muchos cristianos caen en esto y se desvían de la fe, perdiendo el gozo y al igual que algunos hermanos de la iglesia de Laodicea, a los cuales el Señor reprendió diciendo:

“Pues tú dices que eres rico, que te ha ido muy bien y que no necesitas de nada. Pero no te das cuenta de que eres un pobre ciego, desdichado y miserable, y que estás desnudo. Por eso te aconsejo que compres de mí lo que de veras te hará rico. Porque lo que yo doy es de mucho valor, como el oro que se refina en el fuego.”

Apocalipsis 3:17 y 18

La recuperación de la justicia de tener todas las cosas en Cristo (**1 Corintios 3:22**), irá a la par de la restauración de la autenticidad y poder de la adoración verdadera. Nada convencerá más al mundo, que una iglesia viviendo en la convicción de que Dios es más trascendente y más central que todo el dinero, el prestigio, la familia, el trabajo, la salud, el disfrute y que absolutamente todo lo que pueda ofrecer este mundo. Gozarnos en Dios, es nuestra mayor fortaleza y nuestro mejor testimonio ante un mundo perdido.

Nada mantiene a Dios en el centro de la adoración como la convicción bíblica de que la esencia de la adoración es una profunda satisfacción de corazón en Él, y una convicción de que la búsqueda de esa satisfacción es la razón por la que vivimos o por la que estamos juntos en una reunión de domingo. El altar personal y el altar corporativo, se funden para una misma expresión, adorar con sincero corazón, abriendo lo cielos para que todos vean.

Ruego a Dios, que esta generación a la cual también sirvo con limpia consciencia, reciba revelación y entendimiento, como nunca antes, de la belleza del amor de Dios y la grandeza de Su misericordia, Su poder y Su sabiduría. Entonces, seremos verdaderos altares de adoración, capaces de abrir los cielos y crear ámbitos que sin dudas afectará la familia y la sociedad hasta lo último de la tierra.

“Porque a la verdad David, habiendo servido a su propia generación según la voluntad de Dios, durmió, y fue reunido con sus padres...”

Hechos 13:36

Cuando hablamos o enseñamos sobre adoración, pareciera ineludible mencionar a David. Y es lógico, porque él vivió en un pacto muy adverso al nuestro y sin embargo, tuvo la revelación de tener a Dios como su mayor valor. Aun cuando solo era un pequeño pastor, cuidando ovejas en el medio de la nada. Aun ahí, David contemplaba los cielos y adoraba a Dios.

***“Los cielos cuentan la gloria de Dios,
Y el firmamento anuncia la obra de sus manos.
Un día emite palabra a otro día,
Y una noche a otra noche declara sabiduría.”***

Salomo 19:1 y 2

David no pretendió ser rey, solo fue rey por la gracia del Señor, y no procuró riquezas, solo fue rico por la misma gracia. David solo adoró a Dios, aun en las batallas más recias y en las noches más oscuras. Por eso Dios permitió que David, le edificara un tabernáculo rompiendo protocolos del sacerdocio aarónico. David introdujo músicos y canciones, que no eran parte del tabernáculo de Moisés, porque David sabía lo que era adorar con una vieja arpa en los áridos valles del sur.

David luchó para llevar el arca a Jerusalén, porque sabía que una nación bajo presencia Divina, sería una nación bendita. David no procuraba cosas, él anhelaba a Dios en todo tiempo y siempre buscó agradarle, por eso lo mencionamos siempre como el gran ejemplo del adorador.

Y esa misma actitud que sostuvo cada día, lo constituyó en alguien que sirvió a su generación, como dice en el pasaje que cité de **Hechos 13:36**. David estableció un altar permanente a Dios, abriendo los cielos sobre toda la nación, los trescientos sesenta y cinco días de cada año. Jamás hubo nuevamente, un momento tan glorioso como ese para la nación de Israel.

Es cierto que Salomón edificó el templo y que nadó en abundancia, pero todo eso, solo fue el resultado de un altar abierto por un humilde pastor de ovejas que llegó a ser rey. Es cierto también, que Salomón ofreció mil holocaustos y que su templo fue esplendoroso, pero todo comenzó entre ovejas, en los áridos valles del sur.

David fue un hombre que amó a Dios, un adorador que se equivocó más de una vez, pero su corazón permeado por la presencia, permanecía enfocado, de manera tal, que se arrepentía de corazón, dejando ver públicamente su vil condición. David era tan abierto con Dios, y tan expuesto, que no le importaba que otros lo vean arrepentido, humillado o danzando sin reservas.

Hoy necesitamos levantar altares de corazones abiertos, impregnados de toda honestidad, capaces de exaltar a Dios con honestidad y sin reservas. Entonces el mundo comprenderá quién es nuestro Señor.

***“Dios, Dios mío eres tú;
De madrugada te buscaré;
Mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela,
En tierra seca y árida donde no hay aguas,
Para ver tu poder y tu gloria,
Así como te he mirado en el santuario.
Porque mejor es tu misericordia que la vida;
Mis labios te alabarán.
Así te bendeciré en mi vida;
En tu nombre alzaré mis manos.”***

Salmo 63:1 al 4

Capítulo seis

ALTARES DE FUEGO

“Entonces Acab convocó a todos los hijos de Israel, y reunió a los profetas en el monte Carmelo. Y acercándose Elías a todo el pueblo, dijo: ¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él. Y el pueblo no respondió palabra.”

1 Reyes 18:20 y 21

Vemos con claridad, que hoy vivimos tiempos de corazones divididos. La gran mayoría de las personas, dicen creer en Dios, sin embargo no lo conocen y viven totalmente ajenos a Su voluntad, mientras que un gran porcentaje de cristianos que por supuesto creen y conocen a Dios, dicen no comulgar con el mundo, sin embargo han sido permeados por la cultura imperante, que por supuesto, está perversamente infectada de oscuridad.

La creciente pecaminosidad de los hombres, está generando profundas crisis en la sociedad, y la Iglesia lamentablemente, no está pudiendo contrarrestar esto con efectividad. Creo que es tiempo de definirnos de manera radical, para poner las cosas en su justo lugar. Si Jesucristo

es el Señor, debemos seguirlo con todo el corazón y si hay quienes piensan que no es tan así, deberían definirse.

Necesitamos una Iglesia radical, que puede ser humanamente imperfecta, pero determinada de manera absoluta. Creo que al igual que en los tiempos de Elías, la pandemia y la sequía económica que hoy en día, están golpeando al mundo, y que además conservan desalentadores pronósticos para el planeta, son en gran medida, una consecuencia del pecado de la humanidad, y también de la frialdad espiritual de los creyentes.

Según la versión bíblica Dios habla hoy, Elías dijo al pueblo: ***“¿Hasta cuándo vais a continuar con este doble juego? Si el Señor es el verdadero Dios, seguidle a él, y si lo es Baal, a él deberéis seguir”***. La versión Kadosh dice: ***“¿Hasta cuándo saltarán ustedes de un lado al otro?”*** La versión Jerusalén traduce la pregunta de Elías de esta manera: ***“¿Hasta cuándo vais a estar cojeando sobre dos muletas?”***

Por su parte, la versión Reina Valera utiliza la frase: ***“Claudicar entre dos pensamientos”***. El término hebreo en la versión original es ***“Pasákj”*** que significa: Brincar, saltar encima, pasar de un lado a otro. Es una palabra que conserva la raíz de la palabra ***“Pesakj”*** que significa: “Pascua”, palabra con la cual el mismo Señor definió el paso, de la esclavitud a la libertad.

Creo que nosotros debemos definir, si nos quedamos en Egipto, es decir, bajo la influencia de un sistema de

pensamiento opuesto a Dios, o saltamos a la libertad gloriosa que debemos manifestar a través de pensamientos y actitudes concretas (**Romanos 8:21**).

Hay demasiados cristianos caminando sin definir claramente su postura. Por supuesto no lo reconocen, pero se puede ver el fruto de sus corazones divididos. Muchos han mal utilizado el concepto de romper el legalismo y la religiosidad, para dar rienda suelta a todo tipo de supuestas libertades, que no por cierto, no hacen más que producir uniones lamentablemente híbridas.

Si observamos el contexto de la historia de la confrontación de Elías, vemos que habían pasado unos cien años desde que el rey David había gobernado a un Israel unido. Pero el pecado de Salomón y la arrogancia de Roboam, habían dividido el reino, entre diez tribus que formaban el Israel del norte y dos tribus del sur, que formaron la deseable Judá.

En ese entonces Acab era el rey de Israel y su esposa era la infame Jezabel. El profeta principal de Dios era Elías, pero Acab procuraba no escucharlo, porque sabía que su palabra podía ser muy confrontativa. Sin embargo, en esa ocasión la sequía y el hambre, estaban golpeando la tierra duramente y la situación se había prolongado al menos por tres años.

El rey Acab, culpaba a Elías de esa situación, porque un tiempo atrás, Elías había dicho: ***“Vive Jehová, Dios de***

Israel, delante de quien estoy, que no habrá lluvia ni rocío en estos años, excepto por mi palabra” (1 Reyes 17: 1). La sequía fue un hecho y después de tres años, la situación se volvió insostenible, por lo cual Acab le dijo a su criado Abdías: ***“Vamos a recorrer todo el país en busca de ríos o manantiales. Tal vez encontremos pasto para los caballos y las mulas, y así los mantendremos con vida. Si no encontramos nada, nuestros animales morirán...”*** (1 Reyes 18:5 VLS).

Después de muchos días, la palabra del Señor vino a Elías en el tercer año de la sequía, diciendo: ***“Ve, muéstrate a Acab, y enviaré lluvia sobre la tierra”***. Eso era algo que Dios había determinado. Pero si bien, el Señor ordena el fin, también debe ordenar los medios para llegar allí. Por lo tanto, Elías era el encargado de asumir un enfrentamiento contra el pecado, para que apareciera la deseada lluvia.

La confrontación real comenzó cuando Abdías se topó con Elías y este determinó presentarse ante el rey. Cuando Acab estuvo frente a Elías, lo acusó duramente diciendo: ***“¿Eres tú, el perturbador de Israel?”*** Y Elías le respondió con toda autoridad: ***“Yo no he turbado a Israel, pero tú y la casa de tu padre lo has hecho, porque has abandonado los mandamientos del Señor y has seguido a los Baales”*** (1 Reyes 18:16 al 18).

Elías le estaba diciendo: “Yo no soy tu problema. Esta sequía es el resultado de las abominaciones que han cometido ustedes ante el Dios Todopoderoso. Han despreciado Su

Palabra, Han deshonrado Su Nombre con perversos cultos a Baal, ese es tu problema, Jehová es el Señor y no lo han reconocido. Y como estás a punto de ver, yo solo soy su embajador, y no se enfrentarán conmigo, sino directamente con Él..”

Más allá de lo que yo me pueda imaginar, la Palabra dice que Elías continuó hablando al rey Acab diciendo: ***“Envía, pues, ahora y congrégame a todo Israel en el monte Carmelo, y los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal, y los cuatrocientos profetas de Asera, que comen de la mesa de Jezabel”*** (1 Reyes 18:19). Jezabel tenía su propia banda de profetas, por eso pudo propagar el culto a Baal y perseguir despiadadamente a todos los sacerdotes del Señor.

“Entonces Acab convocó a todos los hijos de Israel, y reunió a los profetas en el monte Carmelo. Y acercándose Elías a todo el pueblo, dijo: ¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él. Y el pueblo no respondió palabra.”

1 Reyes 18:20 y 21

El mensaje a todo el pueblo fue claro: “Dejen de actuar como indecisos, sean coherentes, si dicen que Jehová es Dios dejen de levantar altares a los falsos dioses. No pueden vivir la vida entre Dios y los ídolos, deben tomar una decisión. Qué trágico desperdicio hacen muchos cristianos hoy en día, porque en verdad que conocen al Señor, sin embargo y a pesar que le dicen Señor, no hacen lo que Él les dice.

Levantando fortalezas, argumentos y altiveces, a la hora de asumir responsabilidades en su obra. Aun así, siguen diciendo que se encuentran bien y que Dios los entiende.

Elías les dijo “dejen de saltar de un lado a otro...” Eso es exactamente lo que muchos hacen. De hecho, fue lo que hicieron los sacerdotes de Baal ante su altar. **1 Reyes 18:26** dice que ellos tomaron el buey que les fue dado y lo prepararon, e invocaron el nombre de Baal desde la mañana hasta el mediodía, diciendo: ¡Baal, respóndenlos! Pero no había voz, ni quien respondiese; entre tanto, ellos andaban saltando cerca del altar que habían hecho.

Hay cristianos hoy en día, que saltan de un lado a otro ante los altares que ofrece este mundo. La familia, el trabajo, los bienes materiales, los proyectos personales, todo conspira para que muchos se desenfocan y caigan en apatía espiritual. Ninguno asumiría la idea de estar saltando ante los altares de la falsa idolatría, pero es así. Sus corazones no tienen a Dios en primer lugar, si lo tuvieran, simplemente lo adorarían.

“Dénsenos, pues, dos bueyes, y escojan ellos uno, y córtelo en pedazos, y pónganlo sobre leña, pero no pongan fuego debajo; y yo prepararé el otro buey, y lo pondré sobre leña, y ningún fuego pondré debajo. Invocad luego vosotros el nombre de vuestros dioses, y yo invocaré el nombre de Jehová; y el Dios que respondiere por medio de fuego, ése sea Dios. Y todo el pueblo respondió, diciendo: Bien dicho. Entonces Elías dijo a los profetas de

Baal: Escogeos un buey, y preparadlo vosotros primero, pues que sois los más; e invocad el nombre de vuestros dioses, mas no pongáis fuego debajo...”

1 Reyes 18:23 al 25

Es como si Elías estuviera presentando el desafío y diciendo: “Ustedes son muchos y yo uno solo, les corresponde ser los primeros en demostrar que sus dioses realmente existen...” Hoy en día, no hemos subido al monte, que implica gobierno y no hemos levantado la voz lo suficientemente alto, como para confrontar a los que creen que la solución de sus vidas, están en las cosas de este mundo. Tenemos pruebas más que suficientes para exponerlos, pero pocos estamos dispuestos a decirlo. El mundo está lleno de gente que alcanzó cosas, o que supuestamente tienen todo, pero aun así, no logran paz, ni tienen plenitud de vida.

“Y aconteció al mediodía, que Elías se burlaba de ellos, diciendo: Gritad en alta voz, porque dios es; quizá está meditando, o tiene algún trabajo, o va de camino; tal vez duerme, y hay que despertarle. Y ellos clamaban a grandes voces, y se sajaban con cuchillos y con lancetas conforme a su costumbre, hasta chorrear la sangre sobre ellos.”

1 Reyes 18: 27 y 28

Bíblica y experimentalmente, creo que es justo decir que la burla tiene un valor muy limitado en el ministerio y no es sabio utilizarla. Pero hay momentos y lugares en los que, en el Espíritu Santo, uno puede expresarse con ciertas ironías, al menos, ante la estupidez de quienes aun escuchando claras

enseñanzas, se niegan entregar a Dios, al menos, buen tiempo de calidad y un poco de servicio.

“Pasó el mediodía, y ellos siguieron gritando frenéticamente hasta la hora de ofrecerse el sacrificio, pero no hubo ninguna voz, ni quien respondiese ni escuchase.”

1 Reyes 18:29

Sin voz. Sin respuesta. Sin atención. Solo un silencio aplastante y sangriento. Toda falsedad de este mundo, toda mentira, produce grandes pérdidas y mucho dolor. Los adoradores de Baal, se entregaron por completo, como muchos hacen hoy en día, pero nada ocurrió. No hubo respuestas, solo dolor y autodestrucción.

“Entonces dijo Elías a todo el pueblo: Acercaos a mí. Y todo el pueblo se le acercó; y él arregló el altar de Jehová que estaba arruinado. Y tomando Elías doce piedras, conforme al número de las tribus de los hijos de Jacob, al cual había sido dada palabra de Jehová diciendo, Israel será tu nombre, edificó con las piedras un altar en el nombre de Jehová...”

1 Reyes 18:30 al 32

Ese altar que levantó Elías, estaba hecho de doce piedras que representaban al pueblo unido, o las doce tribus de Israel. Esto es realmente importante, porque lo que les va a pasar a las piedras es absolutamente trascendente. Es verdad que en esa época, el pueblo estaba dividido y eso es

clave aprenderlo hoy, porque si estamos divididos como Iglesia, y cada denominación edifica su propio reino, el altar corporativo no tendrá ninguna efectividad. Jesús rogó al Padre por nosotros diciendo: ***“que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste...”*** (Juan 17:21).

Elías, no solo ordenó el altar, sino que “hizo una zanja alrededor del altar, en que cupieran dos medidas de grano. Preparó luego la leña, y cortó el buey en pedazos, y lo puso sobre la leña. Y dijo: Llenad cuatro cántaros de agua, y derramadla sobre el holocausto y sobre la leña. Y dijo: Hacedlo otra vez; y otra vez lo hicieron. Dijo aún: Hacedlo la tercera vez; y lo hicieron la tercera vez, de manera que el agua corría alrededor del altar, y también se había llenado de agua la zanja...” Es como si a Dios le encantara estar en cierta desventaja justo antes de manifestarse, para dejar bien en claro quién es el único y verdadero Dios.

Pensemos por un momento en José, encerrado en prisión justo antes de gobernar Egipto. Pensemos en Gedeón quedándose solo con trescientos hombres, justo antes de derrotar a multitudes de madianitas. Pensemos Sadrac, Mesac y Abed Nego, los amigos de Daniel, que no fueron librados del horno de fuego, sino acompañados en él. Pensemos en Jesús de carpintero a redentor del mundo, de condenado en la cruz, a Rey de reyes y Señor de los señores. Pensemos en Saulo antes de ser el gran apóstol Pablo, o

pensemos en nosotros mismos, y tal vez podamos, ver que a Dios le agrada glorificarse, cuando algo parece imposible.

Entonces, las probabilidades de Elías, no solo eran de cientos contra uno solo, sino que además, era de leña seca versus leña empapada. Y de buey seco versus buey empapado. Claramente a Dios le encanta estar en desventaja justo antes de manifestar Su gloria.

“Cuando llegó la hora de ofrecerse el holocausto, se acercó el profeta Elías y dijo: Jehová Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, sea hoy manifiesto que tú eres Dios en Israel, y que yo soy tu siervo, y que por mandato tuyo he hecho todas estas cosas. Respóndeme, Jehová, respóndeme, para que conozca este pueblo que tú, oh Jehová, eres el Dios, y que tú vuelves a ti el corazón de ellos.”

1 Reyes 18:36 y 37

Esta es la declaración de propósito más explícita de toda la historia. Es como si Elías le estuviera diciendo a Dios, “glorificate Señor, que todos sepan que tú eres Dios, que no eres una idea, que no eres tradición, ni una religión. Que todos sepan que Tú eres el Dios vivo, que puede enviar fuego del cielo, que odia el pecado, que destruye la idolatría, que escucha las oraciones y que eres Señor y Rey...”

El corazón del pueblo, se había ido tras los Baales, ellos habían traicionado a Dios con sus devociones. Ellos habían menospreciado el nombre del Señor, amando y

buscando otras cosas, antes que el Reino y la justicia verdadera. Elías sabía que ese evento en el Monte Carmelo, podía desenmascarar la maldad, provocar arrepentimiento y volver el corazón del pueblo al único y verdadero Señor. Ese era el punto de la historia.

“Entonces cayó fuego de Jehová, y consumió el holocausto, la leña, las piedras y el polvo, y aun lamió el agua que estaba en la zanja”

1 Reyes 18:38

¡El fuego lo consumió todo! A un lado, quedó derribado el altar de Baal, y los adoradores de la mentira, quedaron frustrados, cansados y lastimados. Seguramente y a pesar de todo, la falsa idolatría y la religiosidad continuaron. Al igual que hoy en día, no importa lo que Dios manifieste, el plan satánico de los últimos tiempos seguirá avanzando. Sin embargo, muchos escogidos se volverán en arrepentimiento genuino, si levantamos un altar de fe, un altar de restauración y un altar de verdadero poder.

Creo que es nuestra responsabilidad levantar la voz a los distraídos, a los desenfocados, a los tibios espirituales, a los apáticos que escuchan y jamás reaccionan, para exhortarles a no jugar con Dios, a no considerarlo un Padre comprensivo que simplemente consciente todo lo que hacemos, o dejamos de hacer. Él es el Señor, es amor, pero también es fuego consumidor (**Hebreos 12:29**). Debemos actuar de una vez por todas, esta generación nos necesita.

“Viéndolo todo el pueblo, se postraron y dijeron: ¡Jehová es el Dios, Jehová es el Dios!”

1 Reyes 18:39

Cuando la gente clamó de corazón, ***“El Señor, él es Dios; el Señor, él es Dios”*** (DHH), fue porque sin dudas los impactó el poder manifestado en el altar. La gente vio que los sacerdotes de Baal, hicieron todo lo posible para ser oídos por su dios y nada habían conseguido. Sin embargo, Elías con una simple oración y con un altar inundado, hizo que el fuego descendiera con tal poder, que todo fue consumido.

Seguramente pensaron: “Sí el Señor gobierna el fuego, sí el Señor gobierna la carne, si el Señor gobierna la leña y aun gobierna sobre las rocas, no hay dudas de que también gobernará la lluvia que tanto necesitamos...”

Si bien el pueblo, pudo considerar eso, lo más fascinante de todo, fue que el Señor, también puede gobernar el corazón humano y eso es lo más extraordinario. Esta historia alcanzó su punto culminante antes de que el fuego caiga. Cuando Elías clamó: ***“Respóndeme, oh Jehová, respóndeme, para que este pueblo sepa que tú, oh Jehová, eres Dios, y que has vuelto su corazón”*** (versículo 37). Entonces fue hecho. Ya estaba establecido el derramar de Su gracia y el arrepentimiento de Su pueblo.

Las Escrituras, no nos cuentan los detalles de lo que ocurrió con el altar a Baal, pero seguramente todo lo que utilizaron fue destruido, al igual que los sacerdotes, que

fueron degollados junto al río. Pero lejos de la vista humana, ese día el Señor, derribo miles de altares en el corazón de Su pueblo y esa fue la gran victoria.

El corazón de Israel dio un tremendo vuelco. Toda voluntad, esa tarde se dobló al Señor. Todos los intereses de la nación fueron trastocados. El pueblo pudo ver, después de mucho tiempo. No solo el altar humeante, las cenizas de estas piedras, y los cadáveres de los profetas. Ellos vieron que Dios era uno solo y que la única manera de avanzar bajo bendición, era reconocerlo, exaltarlo y honrarlo como Él es digno de ser honrado.

Luego vino la lluvia, el Señor es misericordioso y está deseoso de bendecir a Su pueblo. Siempre fue así, y cada vez que fueron alcanzados por sequías, hambrunas o derrotas bélicas, fue por el gran pecado de ignorarlo y aun desplazarlo del centro de sus corazones. Hoy sigue siendo igual, muchos cristianos, no tienen al Señor como el centro de sus corazones, y tal vez no se percatan de eso, porque no levantan altares físicos a dioses paganos. Sin embargo, todo lo que tengan como prioridad o afán en sus vidas, terminará siendo el verdadero objetivo de su devoción.

Jesús dijo: *“donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”* (Mateo 6:21). *“Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro...”* (Mateo 6:24). El Señor no aceptará jamás un segundo lugar en nada, porque Él es el único Dios verdadero.

“Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente.”

Mateo 22:37

Tal vez no somos conscientes, de la mirada constante de la sociedad sobre la Iglesia. Tal vez pensamos que son indiferentes a nuestra fe, pero no es así. La gente está viviendo con un tremendo peso de inseguridad, temor y desesperanza. Ellos no están buscando a Dios, porque no hay quién lo haga (**Romanos 3:11**), y están perversamente cegados por las tinieblas (**2 Corintios 4:4**). Sin embargo, ellos saben que saben, en lo profundo de sus corazones, que nada de lo que están persiguiendo les puede otorgar verdadera plenitud.

En el fondo, todas las personas creen, que debe haber algo más. Es ahí donde la Iglesia debería brillar. Es ahí donde los santos deberíamos dejar en claro que vivimos lo que decimos y que contamos con el visible respaldo de nuestro Dios.

La Iglesia del primer siglo, logró arder y sin dudas brilló ante toda la sociedad. La Palabra dice que ellos acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la convivencia, a la fracción del pan y a las oraciones. Toda la gente sentía un santo temor, ya que los prodigios y señales milagrosas se multiplicaban por medio de los apóstoles. Todos los que habían creído vivían unidos; compartían todo cuanto tenían, vendían sus bienes y propiedades y repartían después el dinero entre todos según las necesidades de cada

uno. Todos los días se reunían en el Templo con entusiasmo, partían el pan en sus casas y compartían sus comidas con alegría y con gran sencillez de corazón. Alababan a Dios y se ganaban la simpatía de todo el pueblo; y el Señor agregaba cada día a la comunidad a los que quería salvar. (**Hechos 2:42 al 47**).

Hoy debemos hacer lo mismo y volvernos a Dios con verdadera pasión. Entonces, la gente verá los cielos abiertos, la esperanza de acabar con la sequía que acecha sus vidas y estoy seguro que se producirá el último gran avivamiento, como jamás se vio anteriormente.

Lo considero por los dichos del profeta Joel. En el pentecostés, Pedro dijo que ese fuego que había descendido era el cumplimiento de lo profetizado por el profeta Joel (**Hechos 2:16**), y una de las cosas que dijo Joel, es que el Señor derramaría la lluvia temprana y la lluvia tardía (**Joel 2:23**). Yo creo que el pentecostés, fue la lluvia temprana, para sembrar las primeras semillas y que al final de los tiempos, vendrá la lluvia tardía, para levantar la mayor cosecha que jamás se haya visto.

Pero lograrlo implica confrontación con las tinieblas y confrontación con las tinieblas, no es salir a reprender por las calles, ni tratar de cambiar el mundo a través de los sistemas políticos. Confrontación implica levantar altares y adorar a Dios con verdadera pasión. Orar, con verdadera fe y gozarnos en el fuego que visiblemente traerá las mayores manifestaciones que jamás se han visto.

Las mentiras serán expuestas y la gente, abrumada por tanta maldad, abrazará la fe, reconociendo al único Dios verdadero. Solo debemos procurar la unidad, el orden, la pasión y la entrega absoluta, todo lo demás, vendrá del cielo.

***“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón;
Porque de él mana la vida.”***

Proverbios 4:23

Capítulo siete

EL ALTAR SUPREMO

“La justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús.”

Romanos 3:22 al 26

Martín Lutero comentó una vez, que si se pierde el mensaje de la justificación, se pierde todo el evangelio. Pero hay algo más, que es tan importante como hacer foco solo en la justificación. La obra es más compleja, ya que la justificación misma se basa en la expiación. Somos justificados por su sangre, mediante la fe en Jesucristo, y la expiación, a su vez, descansa sobre la encarnación. Sin dudas también, la gloriosa obra de Jesucristo fluye, nada más y nada menos que de Su divina esencia.

Muchos cristianos, como víctimas de malas enseñanzas, suelen buscar certeza de su salvación en sí mismos, incluyendo la trascendencia de sus propias acciones. Pero en tales casos, chocan con dos cuestiones muy infames: O terminan aceptando que son justos por lo que hacen, lo cual los vuelve perversamente religiosos, o reconocen sus frecuentes fallas y se descalifican perdiendo toda seguridad de su salvación.

Ambos extremos son igual de malos, porque les desvía de la gracia maravillosa del Señor. Aun así, la primera condición es más difícil de revertir, porque aquellos que creen en sus propios méritos, difícilmente acepten que sus obras, solo son el resultado de la gracia recibida en Cristo y no logros generados voluntariamente por una piedad interna, de la que sin duda los seres humanos carecemos de manera esencial.

Sin embargo, los que llegan a ver su pecaminosa naturaleza, pueden salir de la frustración y aferrarse desesperadamente a la gracia. Aun así, en muchos casos, no son convencidos fácilmente, porque han permitido que se siembre en ellos, una consciencia de responsabilidad, que incluso les quita el gozo del verdadero evangelio.

Muchos, al ver sus faltas, tienen la incertidumbre de la permanencia divina y por tal motivo, dudan si tal vez, ya no son salvos, o incluso llegan a considerar que tal vez, nunca lo hayan sido. Si somos honestos, el sentir esta inseguridad no puede permitir a nadie, experimentar un gozo pleno en

Cristo. En cualquier caso, es fundamental que podamos reconocer la gracia del Señor.

En el monte Calvario, hubo un altar Supremo y nosotros tenemos el compromiso de valorarlo y comprenderlo. Es por eso que deseo en este último capítulo, hacer foco en el más perfecto y glorioso de todos los altares levantados en la tierra. Espero que todos, puedan expandir la valoración de Gracia divina, más allá de las percepciones personales.

Martin Lutero, a quien cité previamente, fue uno de los principales propulsores de la reforma protestante, y por mucho tiempo, él mismo, estuvo perturbado por dudas y preocupaciones. Su pecado le causaba culpa, a tal punto que vivía en una constante depresión. Por supuesto, ese tormento interior, se debía a las enseñanzas anti bíblicas que aprendió en el seno de la Iglesia católica Romana, en donde vistió los hábitos de monje, ejerciendo con reconocida abnegación toda responsabilidad impuesta.

Una de estas falsas enseñanzas, aún está vigente en el catolicismo. Fue introducida inicialmente por Tomás de Aquino y luego confirmada en el concilio de Trento. En ella se establece lo siguiente: *“Si alguno dijere, que tiene una certeza absoluta e infalible de seguridad de tener el don de perseverancia hasta el final, a menos que haya aprendido esto por revelación especial; sea anatema”*. En otras palabras, nadie debería sentirse seguro en las manos del

Señor, y si alguien confiara demasiado en eso, puede considerarse excomulgado de la iglesia.

Un día, mientras Lutero trabajaba sobre la epístola de Pablo a los Romanos, leyó en el capítulo uno, verso diecisiete lo siguiente: ***“Mas el justo por la fe vivirá”***, esto inició una revolución en su interior. Esa noche Lutero no pudo dejar de pensar en ese pasaje. El Espíritu Santo obró en él de una manera tal que no podía contenerse ante esta verdad.

Lutero entendió que lo aprendido de sus superiores y que él mismo, por varios años había enseñado, era contrario a la Palabra de Dios. Y es que Pablo, enseñó claramente en sus epístolas, que la salvación es algo que viene solo por la Gracia de Dios, y por ende los hombres no podemos ganarla, solo recibirla. Esa Gracia, solo puede ser obtenida a través de la fe, una fe que por cierto, también es otorgada por el Señor **(Efesios 2:8)**.

Luego de revelarse contra las malas enseñanzas, Lutero hizo un énfasis especial en enseñar que la verdad del evangelio, trae certeza al creyente en la obra de expiación total, absoluta y consumada por Jesucristo.

“Al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia.”

Romanos 4:4 y 5

La fe en definitiva, es la confianza en un Salvador crucificado, y sin un poco de comprensión, esa fe es imposible de ser vivida. Quienes vivimos por fe, sabemos desde el principio, quién murió en la cruz por nuestros pecados y también sabemos, que esa muerte es absolutamente suficiente para otorgarnos la vida eterna. Sin embargo, la expansión de ese entendimiento es clave para una vida victoriosa.

La vida espiritual, nunca puede contentarse con un conocimiento básico y elemental, porque la lógica madurez producida por la comunión con el Espíritu Santo, produce hambre y mayor revelación. Y quienes conocemos, deseamos vivir al pie de la cruz, buscando cada día comprender un poco más y mejor la obra integral de Cristo.

Lo primero que debemos entender, es que fue el amor de Dios el que proporcionó la expiación. Muchos predicán de tal manera, que dejan la impresión de un Dios enojado y vengativo, que fue persuadido por Jesús de que no nos condene, muriendo en nuestro lugar. Quiero recordarles que la Biblia dice que de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna (**Juan 3:16**). Él es el amor supremo, y ese amor en sí mismo no tiene causa ni comienzo, simplemente es (**1 Juan 4:8**).

“En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados.”

1 Juan 4:10

Ésta es una de las grandes paradojas de la Biblia. El amor de Dios por nosotros no fue, una necesidad provocada por Su posición. En realidad, fue Su naturaleza espontánea y gratuita. Sin embargo, Dios nunca existió sin amarnos, y fue este amor lo que lo impulsó, como el receptor de la ofensa, a tomar la iniciativa para sanar la relación rota por el pecado (**Isaías 59:2**), y no solo para tomar la iniciativa, sino para asumir el costo total.

El Nuevo Testamento pone especial énfasis en el amor de Dios y no estoy calificando como diferente el amor del Hijo, Pablo dijo de Jesús: (Él) ***“me amó y se entregó a sí mismo por mí”*** (**Gálatas 2:20**). Dios es uno, no hay diferencia entre el amor del Padre y el amor del Hijo, solo aclaro esto, porque muchas enseñanzas exponen al Padre como un Dios airado y Justiciero, a la vez que presentan al Hijo como amoroso y comprensivo.

El motivo por el cual, el Padre suele verse como alguien rígido, es porque Dios es legal y no puede pasar por alto la injusticia, pero eso no significa que sea frío o incomprensivo. Si no se nos revelan los fundamentos del altar Supremo, no entenderemos la esencia del verdadero evangelio del Reino.

Tampoco se trata de que el Padre simplemente inicie la misión del Hijo y luego permanezca como una figura en la sombras y a la espera de que todo ocurra. Fue el Padre quien entregó a Su propio Hijo (**Romanos 8:32**), Así como fue el Padre que: *“por nosotros lo trató como pecador, para que en él recibiéramos la justicia de Dios”* (2 Corintios 5:21 **BAD**). Fue el Padre quien llevó a su Hijo al altar Supremo.

Este es el aspecto más extraordinario y misterioso de la cruz. ¿Qué obligación tenía el Padre de sacrificar a Su propio Hijo? Aquí es donde fallan muchas de las teorías de la expiación, ya que pueden explicar el amor y la entrega del Hijo, pero no pueden explicar el accionar del Padre.

Podemos decir que la muerte de Jesucristo en el altar del sacrificio, era necesaria porque los hombres merecíamos la muerte por causa del pecado. Sin dudas el Hijo, había acordado con el Padre y el Espíritu santo, que tomaría nuestro lugar, haciendo suyos los pecados, y cargando sobre Sí, la maldición que los hombres merecíamos. Él fue nuestro sustituto, fue el rescate dado por todos.

¿Pero era esto realmente necesario para el Padre? ¿No podría Dios simplemente haber concedido perdón como Rey Soberano? ¿No podría haber emitido un decreto regio para librarnos definitivamente, sin la necesidad del sacrificio expiatorio de Su Hijo?

El problema verdadero surge en el siguiente hecho, algunos consideran que Dios, podría haber elegido no estar airado contra el pecado, pero una consideración tal, presupone que Su enojo fue una cuestión de elección personal, pero eso es un absurdo. Dios es Santo, aborrece el pecado y está enojado con las rebeliones y el pecado de los hombres. Es una cuestión de naturaleza, no de elección.

*“Dios es juez justo,
Y Dios está airado contra el impío todos los
días”*

Salmo 7:11

Muchos quisieran que este versículo no existiera, o tratan de reinventarlo, pero no debería ser un problema, el versículo dice así y punto. Eso para nada descalifica o cambia Su amor. La bondad de Dios no excluye Su ira, más bien la establece (**Salmo 34:8**). ¿Sería Dios bueno si se quedara de brazos cruzados ante la maldad de los pecadores? ¿Sería Dios bueno si se deleitara en el pecado de los hombres? ¿Sería Dios un Juez justo si no manifestara Su enojo y castigo contra los pecadores? Ciertamente no. Es precisamente porque Dios es bueno y justo, que no puede pasar por alto el pecado.

El pecado genera el rechazo absoluto de Dios, y esto no tiene origen en una simple elección de Su voluntad, sino que nace directamente de Su esencia. Su santidad retrocede con ira ante la falsa idolatría y la pecaminosidad. Y simplemente porque Su ira está ahí, tiene que ser apaciguada.

Por tal motivo, debemos encontrar el equilibrio, porque una reconciliación en la que vemos a un Dios eternamente airado y castigador, es tan equivocada como la de un Dios que perdona todo simplemente porque nos ama. La famosa frase “Dios odia el pecado, per ama al pecador”, no está en la Biblia como muchos suponen. De hecho, el autor de esta frase fue nada menos que: Mahatma Gandhi y la frase originalmente fue “Odia el pecado, no al pecador” y solo fue con el tiempo, que se le atribuyo a Dios.

Es verdad que Dios ama a su creación y Dios ama al hombre, porque Dios es amor, pero el problema del hombre no son sus hechos, sino también su esencia. El hombre no es pecador porque peca, sino que peca porque es un pecador. Dios no puede separar la esencia de los resultados. Por eso fue necesaria la Cruz. Los seres humanos, solo podemos dejar de hacer lo malo, si primero morimos, para nacer a una nueva vida (**Romanos 6:1 al 4**), por eso fue tan necesario un altar de sacrificio.

Fue por eso, que Jesucristo tuvo que morir, no solamente para satisfacer la ira del Padre, sino para otorgarnos una nueva naturaleza de vida en Él. Por su obediencia, Cristo expió nuestros pecados, y al expiar el pecado, complació al Padre.

Los seres humanos, siguen rechazando semejante gracia, a tal punto, que todos los que la recibimos, solo pudimos hacerlo como resultado de Su obra integral, porque si el Espíritu Santo no nos hubiera traído convicción, nada

habríamos aceptado. Es por eso que el Señor, sigue enojado con los impíos cada día (**Salmo 7:11**). Vivimos en un mundo en absoluta rebelión. Cristo aplacó esa ira en Él y todos los que en Él vivimos, nos movemos y somos (**Hechos 17:28**), estamos libres de Su ira, pero un día, el mundo será consumido por ella.

Nuestra comunión con Dios es posible, por ese glorioso altar que fue la cruz del Calvario; y tiene ese poder porque el crucificado fue nada menos que Jesús, el Santo, el obediente y Justo Hijo de Dios. Él pagó el precio de nuestra salvación, tomando el lugar que nos correspondía a nosotros en sacrificio, como sustitución nuestra. Dios mismo se ofreció como sacrificio por nosotros, muriendo en esa Cruz, pagando el precio de nuestros pecados.

El que nunca cometió pecado, cargó con los nuestros por el sacrificio de la cruz, vertiendo en la cruz toda la vida que corría en Él, por el derramamiento de Su sangre. En el tiempo perfecto del Padre celestial, Jesús completó cada promesa, cada profecía, y ofreció su propia sangre como propiciación de nuestros pecados y los del mundo entero.

Dios instituyó el sistema de sacrificios en el pueblo hebreo como una imagen de lo que sucedería con Jesús. Ya no se requiere la muerte de animales ni machos cabríos ni de ovejas ni de toros para expiación de los pecados diariamente o especialmente en el llamado “día de la expiación”. La razón es que Dios se entregó a sí Mismo, sustituyéndonos a nosotros, quitando definitivamente nuestros pecados (**Juan**

1:29). Juan el Bautista, no dijo que venía el Cordero que perdonaba pecados, ni el Cordero que tapaba pecados, o limpiaba pecados. Él dijo textualmente: ***“He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”***.

En el monte Calvario se levantó el altar Supremo. Sobre él, la sangre de Jesucristo fue derramada, porque la vida de Dios que corría por Su cuerpo a través de la sangre, fue entregada en sacrificio, para que a través de Su muerte, pudiéramos recibir la vida. Cristo Jesús no era cualquier hombre; era Dios mismo hecho carne en la tierra.

Como conocedor de todo, Dios fue testigo de la entrada del pecado en el mundo y voluntariamente se entregó a Si Mismo, para quitar definitivamente nuestros pecados a través de la muerte. Fue este el motivo por el que se hizo hombre y vino al mundo. Fue esa la razón por la cual, vivió una vida de obediencia y dolor, ofreciéndola en ese altar como olor fragante. Fue por esa misma razón que resucitó al morir, porque la muerte solo puede retener cuando se cobra el precio del pecado, pero no hubo pecado propio en Él. Es decir que en Su muerte, cargó con nuestros pecados, pero en Su santidad, resucitó al tercer día y fue glorificado.

Ese altar Supremo, fue el mayor acto de sacrificio realizado sobre la tierra. ***“Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su***

Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre! Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo.” (Gálatas 4:4 al 7).

Fue un altar único e irrepetible. ***“porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo. Porque la ley constituye sumos sacerdotes a débiles hombres; pero la palabra del juramento, posterior a la ley, al Hijo, hecho perfecto para siempre.” (Hebreos 7:27 y 28).***

Fue el único y suficiente altar, con un sacrificio válido y definitivo, con la capacidad de quitar el pecado. Su sangre preciosa derramada en la cruz es más válida que cualquier sacrificio humano o de animales. ***“Por tanto, Jesús es hecho fiador de un mejor pacto. Y los otros sacerdotes llegaron a ser muchos, debido a que por la muerte no podían continuar; mas éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos. Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos; que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo” (Hebreos 7:22 al 26).***

En ese altar Supremo Jesucristo, nos proveyó todo lo que necesitamos para vivir una vida espiritual plena, llegando a ser maduros, cabales y completos, tal como lo fue Él.

En ese altar Supremo, entregó voluntariamente Su cuerpo, Su mente y Su Espíritu. Lo hizo para darnos sanidad, liberación y redención total. ***“Puesto que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también armaos del mismo pensamiento; pues quien ha padecido en la carne, terminó con el pecado, para no vivir el tiempo que resta en la carne, conforme a las concupiscencias de los hombres, sino conforme a la voluntad de Dios”*** (1 Pedro 4:1 y 2).

En ese altar Supremo, Jesús nos abrió las puertas hacia la santidad, hacia la perfección y nos libró definitivamente de todo decreto de las tinieblas contra nuestras vidas. ***“Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados, anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz, y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz.”*** (Colosenses 2:13 al 15).

En ese altar Supremo, se derramó la Sangre preciosa de Jesucristo y esa Sangre aplicada a nuestras vidas, nos ha librado de la muerte espiritual, para ser sanados, restaurados, cambiados y transformados por Su poder. Pero esa sangre no produce resultados en sí misma, si no es aplicada a nuestra conciencia, si no es aplicada a nuestros corazones, para que venga a nosotros la vida y la vida que es la luz de los hombres (**Juan 1:4**), pueda conducirnos a propósito y destino.

***“Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos,
y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos,
santifican para la purificación de la carne.***

***¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el
Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios,
limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que
sirváis al Dios vivo?”***

Hebreos 9:13 y 14

El altar Supremo de la cruz, aun continua abierto y sigue teniendo el extraordinario y único poder para destruir el imperio de la muerte. La sangre perfecta de Jesucristo es la más hermosa señal de la gracia del Señor, del amor del Padre, y de la comunión que podemos tener con el Espíritu Santo. Él nos libra a través de Su obra, del más horrendo infierno y de la muerte eterna (2 Corintios 13:14).

***“Porque si fuimos plantados juntamente con él en la
semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de
su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre
fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del
pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al
pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del
pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también
viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo
resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se
enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, al pecado
murió una vez por todas; más en cuanto vive, para Dios
vive. Así también vosotros consideraos muertos al pecado,***

pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. ”

Romanos 6:5 al 11

Dios es fiel y cumplidor de sus promesas, y es un Dios que guarda su pacto por generaciones. Él se hizo hombre para firmar a precio de su propia sangre, la alianza eterna con nosotros. Fue en ese altar de sacrificio que consumó Su obra. Fue en ese altar Supremo, que nos enseñó cómo se hace para abrir los cielos. Lo hizo Él mismo, para mostrarnos y para incluirnos en un Pacto entre el Padre y el Hijo, un pacto de cielos abiertos, un pacto de altares de justicia, un pacto Nuevo, eterno y extraordinario, del que debemos participar bajo la revelación de ese altar Supremo.

“Luego Jesús dijo a sus discípulos: El que quiera ser mi discípulo, olvídese de sí mismo, cargue con su cruz y sígame. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; en cambio, el que pierda su vida por causa mía, la recobrará. ¿De qué sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde la vida? ¿O cuánto podrá pagar el hombre por su vida? El Hijo del hombre va a venir con la gloria de su Padre y con sus ángeles, y entonces recompensará a cada uno conforme a sus hechos.”

Mateo 16:24 al 27 DHH

Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal **www.osvaldorebolleda.com**](http://www.osvaldorebolleda.com) y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

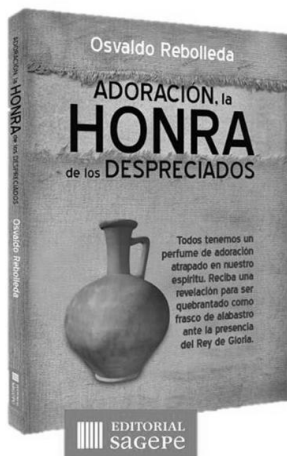
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un **Doctorado Honoris Causa en Divinidades de La Universidad teológica de Estados Unidos.** Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina Y hasta lo último de la tierra.

rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

Pastor y maestro

Otros libros de Osvaldo Rebolleda



“Todos tenemos un perfume de adoración atrapado en nuestro espíritu. Reciba una revelación para ser quebrantado como frasco de alabastro ante la presencia del Rey de Gloria...”

“Un libro que lo llevará a las profundidades de la Palabra de Dios, un verdadero desafío a entrar en las dimensiones del Espíritu”



Un material que todo ministro debería tener en su biblioteca...

RECUPERANDO EL EQUILIBRIO ESPIRITUAL

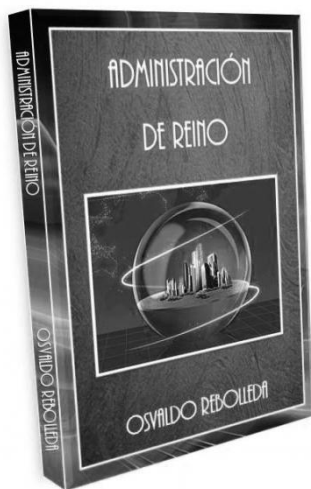


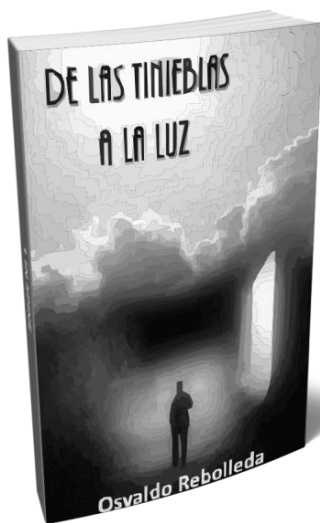
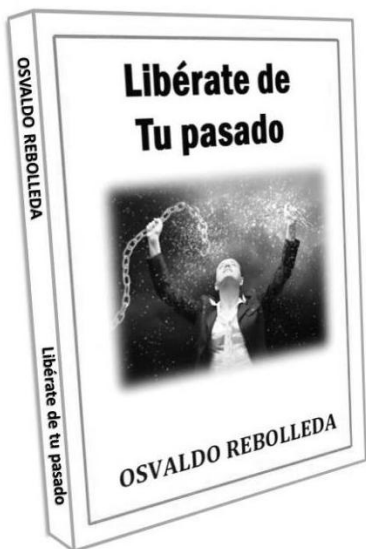
Oswaldo Rebolleda

***«Todo cambio debe ser producido por Dios
a través de los hombres y no por los hombres
en el nombre de Dios...»***

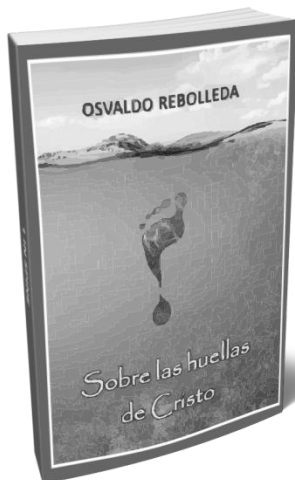


www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

